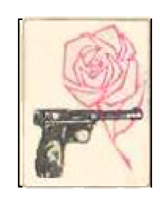


Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Hasta que el espionaje nos separe

Hay operaciones matemáticas que no admiten dudas. Por ejemplo: ¿qué es más económico y ventajoso: pagar cinco mil millones de dólares, o pagar solamente diez millones de dólares? Ninguna duda, ¿verdad? Se pagan los diez millones, y asunto solucionado, los Estados Unidos se han ahorrado cuatro mil novecientos noventa millones y un gran disgusto, y ello gracias a la intervención de un ex agente de la CIA con el que Brigitte hace contacto de buena armonía… Aunque el asunto no es tan fácil, no es tan sencillo: existe el inconveniente del tiempo: en este caso, consiste en que si no se pagan antes de cinco días los cinco mil millones, Baby se puede ver viajando por el espacio montada en un proyectil atómico, y no precisamente por propia voluntad ni en plan turístico.



Lou Carrigan

Hasta que el espionaje nos separe

Brigitte en acción - 448

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Brigitte Montfort no tuvo el menor problema en encontrar el punto acordado para la cita.

En primer lugar, porque era muy fácil; sólo tenía que salir de Nueva York, enfilar la Nacional 1, abandonar esta carretera después de haber pasado Mianus, y acto seguido descender por la carretera secundaria hasta alcanzar la playa, en la cual constaban clarísimas indicaciones para localizar el club de yates llamado Riverside.

En segundo lugar porque habría tenido no poca gracia que la espía internacional más activa del mundo hubiera tenido dificultades en localizar un sitio en su propio país y a tan poca distancia de Nueva York. Sí, eso habría tenido mucha gracia.

Y en tercer lugar porque cuando a la señorita Montfort, alias «Baby», la más peligrosa, astuta e implacable espía del mundo le decían que salvo que se produjera un milagro podía ocurrir una hecatombe, una masacre humana, no existía poder capaz de detenerla o desorientarla tan siquiera.

De modo que, simplemente, la agente Baby de la CIA llegó al lugar de la cita directamente desde Nueva York, en su propio coche, y cuando apenas habían transcurrido dos horas desde que recibiera el mensaje. Llegaba sola, con su maletín rojo con florecillas azules estampadas y su decisión de siempre: si alguien pretendía cometer alguna canallada más le valía desistir a partir del momento en que Brigitte intervenía. Y si no desistía, tanto peor para él, ella, ellos o quienes fuesen que hubieran tenido la mala idea de fraguar algo contra personas inocentes.

Dentro del coche que esperaba cerca de la playa había dos hombres. Uno de ellos era un simple agente de la CIA, uno de los queridos compañeros a los que Brigitte llamaba Simón. El otro era nada menos que *Mr*. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, un hombre que tiempo atrás también había sido un

Simón, y que, como tantos otros, debía la vida a la divina espía que llegaba en aquel momento.

—Ahí la tenemos, señor —dijo Simón—: casi ha llegado ella antes en coche que nosotros en helicóptero.

—Es muy propio de ella —murmuró Cavanagh.

La vieron salir del coche, y acercarse al que ellos ocupaban. Simón se apeó, y abrió la portezuela de atrás. Brigitte le sonrió, se sentó junto a Cavanagh, y le besó en ambas mejillas, diciendo a continuación:

—Creía que iba a llegar usted en helicóptero.

—Y así ha sido. Pero nos pareció muy aparatoso esperar en helicóptero en este lugar, así que ya nos estaba esperando aquí este coche, con dos muchachos de la localidad de Stamford, que se han llevado el helicóptero.

—Me complace comprobar que la CIA funciona admirablemente.

—¿Ya empieza con sus guasas? —Gruñó Cavanagh.

—Oiga —se había vuelto Simón en el asiento delantero—, a mí no me ha besado.

Brigitte se adelantó, y besó al espía cariñosamente en los labios, dejándolo turulato. La espía rió, mientras Cavanagh sonreía socarronamente.

—Bueno —dijo Brigitte—, si ya están cumplidas las formalidades y los mimos para mis Simones… ¿puedo saber qué es lo que ocurre para que me hayan movilizado con tantísima urgencia?

—Un chiflado pretende hacer explotar doce artefactos atómicos —dijo Cavanagh.

Brigitte se quedó mirándolo con incrédulo pasmo, y acto seguido gimió desconsoladamente:

—Oh, no, por favor, más cosas de ésas, no.

—Usted ha tenido que oír la noticia por la radio y la televisión —dijo Cavanagh.

—Cielos, claro que sí —admitió la bellísima Brigitte—, pero no hice el menor caso.

—Mal hecho.

—Vamos, señor, no podemos pasarnos la vida atendiendo a tantos cretinos que van por ahí profiriendo amenazas. Ya sé que se dice que hoy día es muy fácil fabricar ingenios atómicos incluso en

casa, pero no exageremos. Tener una bomba atómica ni mucho menos está al alcance de cualquiera.

—Eso es cierto, naturalmente. Pero al parecer el sujeto en cuestión no es un cualquiera.

—Ah, ¿no? —Frunció el ceño Brigitte—. Pues ya me gustaría que alguien supiera cosas de ese chiflado… ¿cómo se llama?… Dagobert Waldo Pershingwall, ¿no es así?

—Para no haberle hecho mucho caso recuerda usted a la perfección un nombre que no es precisamente corriente —sonrió Cavanagh.

—Oh, bueno, eso es cosa de mi fabulosa memoria automática, no es ningún mérito especial. Ni significa que ese Dagobert me haya preocupado lo más mínimo en ningún momento. Porque vamos a ver: ¿quién es el tal Pershingwall? ¿Alguien sabe algo de él, tenemos algún informe que lo presente como elemento peligroso por algún concepto, existe algún motivo fundado para hacer caso a semejante mamarracho? ¿Tiene la CIA ficha o informes de él por mínimos que sean?

—La CIA no los tiene, pero sí los tiene Wilson Falk.

—¿Quién es Wilson Falk?

—Buena pregunta. Y como era lógico que la hiciese me he permitido traer el informe completo que tenemos en la Central sobre Wilson Falk.

Mientras hablaba, Cavanagh había abierto un portafolios, del cual extrajo una abultada carpeta que tendió a Brigitte. Ésta se quedó mirando no poco impresionada el abultado informe sobre el tal Wilson Falk, que para ella era tan desconocido como el supuesto chiflado llamado Dagobert Waldo Pershingwall.

Las cosas estaban del siguiente modo: un sujeto que decía llamarse Dagobert Waldo Pershingwall había enviado mensajes a diversas estaciones de radio y televisión amenazando hacer explosionar nada menos que doce artefactos atómicos en lugares de gran estrategia y alta peligrosidad humana de los Estados Unidos de América si no se accedía a sus peticiones. ¿Y cuáles eran sus peticiones? Pues muy simples, nada complicadas realmente: el tal señor Pershingwall exigía la entrega de cinco mil millones de dólares en billetes de cien mil dólares antes de una semana, en fecha exacta y lugar exacto que él indicaría en breve a la Casa

Blanca.

Lógicamente, en cuanto se produjo la noticia la CIA había entrado en funciones, recabando en todas las partes posibles información sobre dicho señor Pershingwall. El resultado de las indagaciones de la CIA había sido nulo hasta el momento, de donde se desprendía que Pershingwall no podía ser nadie de cuidado, ningún terrorista especializado, o un agente subversivo, o algún representante de grupos u organizaciones enemigas de los Estados Unidos. La conclusión era tajante y tranquilizadora: no existía nadie llamado así que pudiera realmente preocupar a los servicios de inteligencia y seguridad del país. Luego, se trataba de algún loco o de un bromista al que, claro está, no se le tenía que hacer el menor caso.

Y así estaban las cosas cuando Brigitte se encontraba en las manos un informe sobre un sujeto llamado Wilson Falk que decía tener datos sobre el supuesto chiflado llamado Pershingwall.

Brigitte procedió con orden y método: se interesó por Wilson Falk, iniciando la lectura de aquel extenso informe cuyo interés estaba fuera de toda duda. En primer lugar, porque Wilson Falk había sido agente de la CIA, es decir, un Simón. En segundo lugar porque, según todas las apariencias, Falk era la única persona que podía aportar información sobre el tal Pershingwall…

Pero hablemos de Wilson Falk. A medida que Brigitte iba avanzando en la lectura del informe sobre este ex agente de la CIA su interés por él iba aumentando. Según todas las apariencias Wilson Falk había sido un magnífico agente hasta que, un mal día, tuvo la desdichada ocurrencia de traicionar a la CIA en un asunto de relativa importancia pero que para él iba a significar una buena cantidad de dinero que pensaba embolsarse particularmente. Esta jugada del magnífico agente Falk causó consternación y estupor en la Central, y las cosas estaban tan claras al respecto que nadie escuchó a Falk cuando éste rechazó la acusación diciendo que era un complot contra él para separarlo de la CIA. Un complot, precisamente, urdido por alguien que temía las investigaciones que Falk estaba realizando en determinados ambientes de las altas esferas de mandos de la CIA. Esta defensa que presentó Falk no fue creída por nadie, y, en atención a sus anteriores excelentes servicios, muchos de ellos incluso con riesgo de la vida, se procedió

sencillamente a expulsarlo de la CIA y a prohibirle el acceso a cualquier empleo que tuviera la más remota relación con los intereses del Gobierno o la seguridad de la nación.

Es decir, que un agente de gran categoría había sido acusado de traición, separado, y contento podía estar de que no lo hubieran metido en prisión para el resto de sus días.

—Todo esto es increíble —murmuró Brigitte, tras leer el informe mientras Cavanagh y Simón esperaban pacientemente—. Un hombre con este expediente no puede ser un traidor.

—Vamos, Brigitte, no sea romántica. Cometió traición, eso es todo.

—Eso sucedió hace once años… ¿Qué ha estado haciendo durante todo este tiempo Wilson Falk?

—No le ha ido mal. Es un hombre inteligente, tiene la carrera de historiador o algo así, y según nuestros sondeos ha estado ganando bastante dinero escribiendo artículos para revistas especializadas. Acaba de cumplir cuarenta años.

—Sí, ya veo… Vamos a ver si lo entiendo: la CIA expulsa a Wilson Falk por traidor; y ahora que la CIA está en un pequeño apuro Wilson Falk se ofrece a ayudar a la CIA. ¿Correcto?

—Correcto —gruñó Cavanagh—. En cuanto a lo del apuro yo no diría que es pequeño, Brigitte.

—¿Qué quiere decir?

—El tal Pershingwall ha enviado a la Casa Blanca un mensaje grabado en el que indica los «lugares de alta estrategia y alta peligrosidad» sobre los que piensa arrojar esos doce artefactos si no se le paga.

—¿Qué lugares son esos?

—Las doce instalaciones científicas más importantes de la nación, desde Cabo Kennedy a los laboratorios secretos de Skranton donde se realizan experimentos con toda clase de armas.

—¿Quiere decir armas gaseosas y víricas?

—De toda clase —se movió inquieto Cavanagh.

—Es decir, que si ese Pershingwall realmente lanzase sus artefactos atómicos sobre sus objetivos no solamente destruiría las mejores instalaciones científicas de los Estados Unirlos, sino que al destruir algunas de ellas podría provocar una… fuga de muerte en varias de esas instalaciones. ¿Se ha efectuado algún cálculo respecto

a las muertes que podría ocasionar un suceso de esa naturaleza?

—Unos diez millones.

—¿Qué? —Palideció Brigitte.

—Unos diez millones de muertes, entre fugas de gases, virus y explosiones en cadena de las instalaciones de energía de bases de lanzamiento y depósitos secretos de combustible.

—Dios bendito… ¡Pero entonces hay que pagar! Lo que hagamos después ya se discutirá, pero ahora hay que pagar.

—Ésa es una parte del asunto, de la cual se está ocupando la Casa Blanca directamente. La otra parte del asunto, precisamente, es la que usted ha dicho: trabajar en otra dirección. Porque naturalmente no vamos a permitir que un sujeto que tal vez podría provocar realmente esa catástrofe ande suelto por ahí con una docena de artefactos atómicos.

—O sea, que ahora sí creen que la amenaza sea cierta.

—Digamos que no vamos a descuidar el asunto, claro está. Y como primera medida hemos pensado que podríamos escuchar lo que Wilson Falk tenga que decirnos sobre Dagobert Waldo Pershingwall.

—O sea, que primero lo expulsan sin pruebas concluyentes y ahora lo utilizan.

—Él se ha ofrecido —mascullló Cavanagh—. Nadie le ha pedido nada.

—Está bien. ¿Se me ha elegido a mí para contactar con Falk?

—Sí, por supuesto. Y si la hemos citado aquí es porque él está muy cerca de este lugar, como ya habrá comprendido.

—Sí. ¿Dónde está exactamente?

—En el club de yates Riverside. Al parecer se está tomando unas vacaciones a bordo de una pequeña lancha alquilada.

Brigitte Baby Montfort asintió pensativamente, fija ahora su azul mirada en la fotografía que ofrecía un primer plano facial de Wilson Falk. Había muchas fotografías de Falk, que había ido examinando cuidadosamente, pero la que más concentró su atención fue la del rostro; un rostro fuerte, anguloso, de facciones viriles y bastante atractivas. A decir verdad Wilson Falk era todo un atleta. Claro que en las fotografías tenía veintiocho años, y ahora había cumplido cuarenta…

—¿Falk pidió que fuese yo quien hablara con él? —preguntó de

pronto.

—No. Él simplemente pasó aviso a la Central de que podía facilitar información sobre Pershingwall, y que si nos interesaba podíamos encontrarlo hasta el lunes que viene en el Riverside. Luego su paradero será incierto.

—¿Se le ha informado de que la CIA acepta el contacto y que envía alguien para valorar su colaboración tan… inesperada?

—No, no se le ha dicho nada. Peco creo que sería una buena idea que la agente Baby fuese la encargada de llevar a cabo este contacto. No sólo porque así Falk se sentirá… altamente apreciado, sino porque como es lógico para un asunto como éste contamos con usted en todas sus derivaciones.

—Pero mientras tanto están preparando el dinero para nuestro enigmático Pershingwall.

—Sí, claro.

—Bien. —Brigitte volvió a mirar el rostro fotografiado de Wilson Falk—. Vamos a ver qué tiene que decimos él ex Simón Falk. Pero no tengo la menor intención de presentarme a él como Baby. Por el momento el señor Falk tendrá que conformarse con hacer contacto con una simple aunque encantadora agente rubia y simpática llamada… ¿Qué le parece el nombre de Nina Warren?

—Tan bueno como otro cualquiera —dijo Cavanagh.

—Pero usted no es rubia —dijo Simón—, sino una morena como no puede haber otra bajo la luz del sol.

—Gracias, Simón, Y dígame una cosa: ¿se sorprendería usted si en menos de cinco minutos yo me convirtiera en una muchacha rubia?

—De la agente Baby no me sorprendería nada —aseguró el espía —… Ni tan siquiera que cualquier día le salieran alas de ángel.

—Bueno —torció el gesto Brigitte—, con lo mala que soy eso de las alas ya lo veo mucho más difícil…

Capítulo II

Wilson Falk estaba en el interior de la lancha terminando de examinar el equipo de hombre-rana que pensaba utilizar aquellos días cuando, al alzar un momento la cabeza, vio a la muchacha rubia en el borde del embarcadero.

Ella estaba mirando la lancha con cierta indecisión, y él se quedó mirándola a ella con gesto de experto. La muchacha valía la pena, se mirase como se mirase. Tenía un cuerpo digno de un estudio anatómico meticuloso. Y en cuanto a su rostro, era sencillamente encantador. Vamos, que era una chica como para enamorar a cualquiera.

Pese a lo cual, Wilson Falk apretó los labios mientras por un instante la expresión de su rostro se endurecía. Estaba seguro de que no se equivocaba con respecto a la bella joven que buscaba algo o a alguien.

«Apuesto a que me estás buscando a mí», pensó Falk.

Así que salió a cubierta, se plantó de cara al embarcadero, y se dedicó parsimoniosamente a encender un cigarrillo, dejándose observar por la muchacha.

Por fin, ésta preguntó:

—¿Es usted el señor Falk?

—Sí —expelió Wilson el humo.

—He preguntado por usted en el club y me han dicho que estaba en este lado del embarcadero, pero que no recordaban el nombre de su lancha. Yo me llamo Nina Warren.

—Ya. ¿La envía la CIA?

—Pues… sí señor. ¿Para qué andarnos con rodeos?

—Pase a bordo.

No le tendió la mano para ayudarla, y ciertamente ella no necesitaba su ayuda para nada. Pasó ágil y fácilmente del embarcadero a la lancha, y cuando Wilson señaló el interior ella

asintió, y le precedió por la estrecha entrada.

Una vez dentro del camarín Wilson despejó la litera, ofreciéndola con un gesto a Nina Warren, que se sentó.

Él se acomodó sobre un taburete, y le ofreció su paquete de cigarrillos, que ella aceptó, siempre mirándole con atención. Cosa que no sorprendía ni molestaba a Wilson Falk, pues conocía muy bien a la CIA, y sabía que como mínimo le habían enviado a alguien capaz de desnudarlo psicológicamente. No importaba que la tal Nina Warren (si es que realmente se llamaba así) pareciese una criatura angelical: él sabía que tenía que ser una elementa de cuidado en muchos aspectos.

—¿Se va usted de vacaciones? —preguntó Nina.

—Algo parecido. Se me ha ofrecido escribir una serie de artículos sobre la historia de Terranova, y he pensado que sería interesante pasar allá unos días. Y como estamos en verano, y me encanta bucear, pienso hacer unos cuantos sondeos submarinos. ¿Le gustaría venirse conmigo?

—Como gustarme, me gustaría, ya lo creo. Me encanta bucear.

—Pues vámonos.

—Estoy trabajando, señor Falk.

—Le iría mejor viniéndose conmigo a Terranova, a comer bien, hacer el amor, dormir como los ángeles y aprender historia.

—Es una oferta digna de ser estudiada —sonrió Nina Warren—. Pero de momento, si le parece bien, nos ceñiremos al asunto base. Al parecer usted puede aportar alguna información sobre ese chiflado.

—¿Qué chiflado?

—El tal Dagobert Waldo Pershingwall.

—Ah. Dígame: ¿de dónde ha sacado usted que Dago es un chiflado?

—¿No lo es?

—En absoluto.

—Entonces… ¿es posible que disponga realmente de esos doce artefactos atómicos?

—Me apostaría el cuello a que los tiene. Cuando Dago da un paso es porque ya tiene todo lo que necesita para darlo. En estos momentos él sabe incluso cuál va a ser la reacción de las autoridades norteamericanas a distintos niveles. Y una de las cosas

de las que está convencido es de que la CIA, el FBI, el G-2 y varios servicios de espionaje, contraespionaje y seguridad nacional están buscándolo.

—Lo que significa que debe de haber tomado sus medidas al respecto.

—Es usted una chica inteligente —sonrió con seco gesto Wilson —… ¿Pertenece al Grupo de Contactos o al de Acción?

—Depende de las circunstancias —volvió a sonreír Nina.

—No parece usted peligrosa…, lo cual me está convenciendo de que debe de serlo mucho.

—Es usted muy perspicaz, señor Falk.

—Conozco el ambiente. Cuanto más angelical parece una de las chicas que se complican la vida trabajando en la CIA más la utilizan para labores que no tienen nada de angelical. Seguro que si yo pretendiera ahora molestarla de algún modo sabría cómo tenerme a raya.

—No parece fácil tener a raya a un hombre como usted: además de ser un atleta lleno de músculos tiene aspecto de tener muy mal carácter.

—Los hombres que tenemos ese aspecto generalmente somos más buenos que las muchachas que tienen el aspecto de usted.

—Caray, qué mal genio. Pero en cierto modo tiene razón. Bueno, señor Falk, yo no he venido aquí a filosofar ni hacer estudios psicológicos, sino a interesarme por ese Pershingwall, o Dago, como usted lo llama. ¿Lo conoce bien?

—Bastante bien. Es un ególatra muy inteligente que carece de escrúpulos.

—Lo cual significa que si hace una amenaza es capaz de cumplirla, aunque se cargue unos cuantos millones de seres humanos.

—Tengo la impresión de que eso incluso le haría gracia a Dago… ¿Ha amenazado con matar unos cuantos millones de personas?

—Si hace lo que ha amenazado hacer puede ocasionar diez millones de muertes.

—Coño. ¡Ya son muertes!

—Sí. ¿Usted podría encontrar a Pershingwall, señor Falk?

—Tal vez.

—¿Tal vez? —se desconcertó Nina—. Si no he entendido mal usted se ha ofrecido a la CIA para informar sobre ese sujeto.

—Ya la he informado, ¿no? Acabo de decirle a usted que le conozco bien y que es capaz de cumplir sus amenazas. ¿Eso no es información?

—De acuerdo —alzó las cejas la bella Nina—. Pero ahora que ya dispongo de la información personal del señor Pershingwall me gustaría saber dónde encontrarlo.

—Ésa ya es otra clase de información, que le costará a la CIA, o a la Casa Blanca, o la mitad a cada una, la suma de diez millones de dólares.

—¿Está bromeando?

—Señorita Warren: sólo estoy valorando a un dólar la vida de cada uno de esos diez millones de ciudadanos norteamericanos que pueden morir si Dago cumple su amenaza. ¿Le parece que un ciudadano norteamericano no vale un dólar?

—Usted no habló de que iba a pedirnos dinero.

—Pero ustedes debieron entenderlo. Oiga, nada de tonterías, ¿de acuerdo? ¿Qué esperaban? Me acusaron de algo que no había hecho, me echaron como a un perro sarnoso, me cerraron muchas puertas, y he pasado tiempos muy malos…, y ahora que tengo un triunfo pretenden que se lo regale. ¿Qué opina usted de eso?

—Su reacción es vengativa y hasta miserable, señor Falk.

—Mi reacción es muy normal en un ser humano que ha sido tratado injustamente. Y no tengo la menor intención de discutir con usted ni con nade sobre mi postura moral. Quiero diez millones de dólares, y si no me los dan me largo a Terranova mañana por la mañana. ¿Entendido?

—Usted habla de ese viaje a Terranova como si fuese un paseo, y hay mil millas de aquí a Terranova.

—No tengo prisa en llegar. Y esta lancha, aunque algo vieja, está en muy buenas condiciones.

—O sea, que usted quiere diez millones de dólares o no nos facilita ninguna información sobre Pershingwall.

—Quiero un dólar por cada ciudadano cuya vida voy a salvar. Y si ustedes pusieran esto a votación popular ya verían cómo la gente aceptaba encantada. En cualquier caso, quiero esos diez millones de dólares…, y los quiero ahora. Ya.

—No me gusta usted nada, señor Falk.

—Le gustaré más a medida que me vaya tratando.

—Dudo mucho que usted y yo sigamos relacionándonos de alguna manera.

—Oh, ya verá como sí. Tendremos que viajar juntos, ¿sabe? —Falk sonrió de repente, y casi pareció simpático—. A ver si se cree usted que después de este tiempo desconectado de las porquerías del espionaje voy a hacer un pase mágico y va a aparecer Dago en mi mano… Tendremos que buscarlo, guapa. Y usted vendrá conmigo.

—Ni lo sueñe.

—O me acompaña usted en la búsqueda o dígale a la CIA que no hay trato. Así que vaya a decirle esto a sus amos: quiero diez millones de dólares hoy mismo, un helicóptero, o un coche, o una avioneta, o una lancha o yate, según el terreno y distancias que tengamos que recorrer, y siempre a mi disposición estemos donde estemos…, y la compañía de usted. La entrevista ha terminado.

—¿Qué garantías ofrece usted?

Wilson quedó estupefacto. Se llevó una mano a una oreja, adelantándola cano para recoger mejor los sonidos.

—¿Qué? —exclamó.

—Usted pide todo, pero no ofrece la más pequeña garantía de buen servicio. Y yo quiero esa garantía.

—¿Qué garantía exactamente?

—Que debemos encontrar a Pershingwall antes de cinco días.

—No estoy muy seguro de eso, francamente.

—Pues no hay trato.

—¿Por qué hemos de encontrarlo antes de cinco días? ¿Es el plazo que ha dado para que le complazcan en algo o lanza sus artefactos?

—Así es.

—Claro. Bueno, ¿qué ha pedido mi buen Dago?

Nina Warren sonrió de pronto como divertidísima.

—Cinco mil millones de dólares —replicó.

—Caray —sonrió también Falk—… He debido pedir más de diez millones, ¿no le parece? Digamos… un diez por ciento del dinero que voy a ahorrarle al Tío Sam. Quinientos millones. Eso ya es dinero.

—Si consigue usted que le paguen diez millones ya será mucho, ¿no le parece?

—Sí —reflexionó Falk—… Realmente, convertirse en multimillonario en la flor de la vida, fuerte, inteligente, y con todo un futuro por delante no está al alcance de cualquiera. Ha sido un placer conocerla, señorita Warren.

—Lamento no poder decir lo mismo.

—No se preocupe: ya verá como cuando todo esto termine estará usted loca de amor por mí.

—¿Qué se apuesta a que no?

—Los diez millones.

—Es usted un cretino.

—Permítame acompañarla.

Wilson Falk cedió el paso cortésmente a Nina Warren, y salió a cubierta con ella. No intentó ayudarla tampoco esta vez, pero pasó al embarcadero con ella, y le tendió la roano.

—De veras —insistió—: ha sido un placer conocerla.

Nina Warren miró la mano tendida hacia ella, grande, nervuda, fuerte, hermosa. Luego miró los claros ojos de Wilson Falk. Acto seguido, simplemente, dio media vuelta y se alejó.

Wilson Falk se quedó mirando su mano tendida, la movió, sonrió, la retiró, y se encaminó con desgana hacia el local social del club de yates Riverside, donde pensaba celebrar su éxito adecuadamente… y hacer una llamada telefónica.

* * *

Hacia las seis de la tarde la señorita Nina Warren apareció de nuevo en el embarcadero, cargando con una maleta de medianas dimensiones cuyo peso parecía bastante considerable. Wilson Falk, que estaba sentado en la borda de la lancha contemplando las evoluciones de una bandada de gaviotas, la vio a los pocos segundos de acercarse ella a la lancha, y se quedó mirándola con amable expresión.

—¿Ya de vuelta, señorita Warren? Me alegro de verla.

—Sus condiciones han sido aceptadas —dijo ella secamente—. Traigo el dinero.

—¿Necesita ayuda para pasar a bordo?

—No.

—Pues pase. No me parece acertado ponerse a gritar desde el embarcadero que me trae diez millones de dólares.

Nina saltó a la lancha, entraron ambos en el camarín, y Wilson colocó la maleta sobre la litera, se quedó mirándola, y volvió los ojos hacia la espía.

—Será mejor que la abra usted, no sea que nos llevemos algún disgusto, ¿no le parece?

Nina Warren sonrió, abrió la maleta…, y Wilson Falk se quedó mirando su contenido: un maletín de viaje muy bien colocado sobre prendas de vestir femeninas no menos ordenadamente colocadas.

—No soy demasiado coqueta —dijo Nina—, pero si he de estar unos cuantos días yendo de un lado a otro necesitaré cambiarme de ropa de cuando en cuando. En el maletín hay cosas de mujeres. Respecto a los vehículos que necesitemos para nuestros traslados todo está previsto: dispongo de una radio con onda especial que me comunica con servicios urgentes de la CIA en todo el territorio nacional, de modo que llame cuando llame desde donde llame siempre habrá alguien a la escucha y preparado para abastecemos.

—¿Aunque pidamos, por ejemplo, un bocadillo de salchichas?

—Sí.

—¡Qué perfección! Pero falta un pequeño detalle: mi dinero.

Nina Warren metió una mano en la maleta bajo sus ropas, y sacó un fajo apretado de billetes, que tendió a Wilson Falk.

—Mil billetes de diez mil dólares, es decir, diez millones de dólares. Su dinero, señor Falk.

—Llámame Wilson, vida mía —sonrió Falk.

—No tengo inconveniente, Wilson. Pero a usted no se le ocurra llamarme de otra manera que «señorita Warren».

—Siempre ha habido amos y esclavos. Y evidentemente, usted es de la raza de los amos, señorita Warren. Bueno, le diré lo que vamos a hacer: pasaremos la noche aquí, por la mañana me acercaré a ingresar mi dinero en mi cuenta del Barclays Bank, del cual me he asegurado que tiene sucursal en Stamford, y luego partiremos en busca de Dago…, todo eso si esta noche no tenemos problemas.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Seguramente vendrán a matarme. Y si no vienen, mal asunto,

porque será señal de que mi llamada telefónica no ha dado resultado.

—¿Qué llamada telefónica?

—La que hice poco después de irse usted, a un amigo de Nueva York, preguntándole si él podría facilitarme alguna información respecto al actual paradero de Dago. Le dije dónde estoy y que espero sus noticias. Pero seguramente vendrá a matarme.

—Entonces no es precisamente un «viejo amigo» suyo.

—No, no lo es, A decir verdad Jack Dryssom ya debe de estar relamiéndose pensando que hoy va a poder liquidarme, por fin. Lleva mucho tiempo buscándome.

—Y usted le ha facilitado el modo de encontrarlo.

—Así es. La jugada está clara: si gana él, me matará; pero si gano yo, y lo cazo vivo, le obligaré a decirme dónde está Dago. O cuando menos alguna pista inicial para localizarlo.

—De manera que usted es de los que se arriesgan.

—Sólo cuando vale la pena —agitó Wilson los diez millones de dólares en apretado y crujiente fajo—. Oiga, se me ocurre una cosa, señorita Warren; ¿qué tal si nos vamos a cenar los dos por ahí?

—Preferiría que nos quedásemos aquí y me explicase cosas de Dago. Y hasta de su «viejo amigo» Jack Dryssom que va a venir a matarlo… ¿Cómo conoció a uno y a otro?

—¿De verdad le interesa?

—Sí.

—Se lo explico si acepta hacer el amor conmigo.

—No sea estúpido.

—Usted no entiende, señorita Warren: llevo mucho tiempo convertido en un lobo solitario, y la posibilidad de hacer el amor con una chica como usted me tiene trastornado. Mire, sólo tengo que salir a la calle, dar un silbido, y resuelvo mis urgencias sexuales. Pero hace tiempo que me dije que desde aquel momento en adelante sólo aceptaría lo que valiera la pena; o sea, que chicas que son sólo pedazos de carne con ojos no me interesan; tranquilizan el cuerpo, pero luego empiezan a hablar, hablar, hablar… sólo dicen tonterías, tienen exigencias, son incultas… Daría cualquier cosa por tener en mis brazos una chica como usted, con clase, con inteligencia…, y hasta no tengo la menor duda, con fuego en la sangre. Y aclarados todos estos puntos, dígame: ¿qué

tiene de malo hacer el amor?

—Wilson: usted no debería escribir cosas de la Historia, sino novelas. Novelas apasionadas, desde luego.

—Me parece que no me toma muy en serio.

—Ya lo creo que sí. Pero se lo advierto: como usted pretenda utilizarme a mí sexualmente durante el tiempo que estemos juntos le meteré una bala en el corazón. ¿Está claro?

—A cada segundo que pasa me va gustando usted más, señorita Warren.

—Usted a mí, menos.

—Entonces… ¿no salimos a cenar juntos? Invito a champán.

—Lo del champán me atrae. Pero prefiero tomarlo en la lancha.

—Es usted despótica, querida. Pero de acuerdo: a ver qué tengo por aquí, y luego saldré a comprar una buena cena y champán. A lo peor resulta que esta va a ser mi última cena.

Capítulo III

Eran casi las doce de la noche cuando la muchacha rubia salió de la lancha, colocándose bien los tirantes del vestido y llevando en una mano los zapatos de alto tacón y en la otra el sujetador. Agazapado detrás de uno de los automóviles estacionados cerca del embarcadero, el hombre que esperaba hacía rato sonrió burlonamente. Y todavía sonrió con más ganas cuando la muchacha rubia se bajó de nuevo los tirantes, dejando al descubierto los turgentes pechos y abrazándose entonces al pillastre de Wilson Falk, besándole en la boca.

«Caracoles —pensó el agazapado Jack Dryssom—, no se puede decir que Wilson haga mal las cosas».

La muchacha seguía besándole. Pero Wilson la apartó, la ayudó a ponerse el sujetador y a colocarse los tirantes del vestido, y luego le dio una palmadita en las nalgas y la empujó hacia el embarcadero. La muchacha parecía un poco borracha, y Wilson tuvo que ayudarla a salir de la lancha. Luego, tirándole besos con las manos y los zapatos, ella se alejó. Pasó muy cerca del coche tras el cual esperaba pacientemente Jack Dryssom.

No había nadie más en el lugar.

Sólo, más al fondo, se veían las luces en las ventanas del local social del Riverside Yacht Club.

La muchacha rubia desapareció, y tras unos pocos minutos más de espera Dryssom salió de su parapeto y se encaminó resueltamente hacia el borde del embarcadero. Miró a derecha e izquierda, saltó sigilosamente a la lancha, y en un abrir y cerrar de ojos recorrió la distancia hasta la entrada en el camarín, empujó la puerta, y entró pistola en mano.

Sentado en el borde de la revuelta litera, con un cigarrillo en los labios y una botella de champán en la mano izquierda, adormilado el gesto, Wilson Falk se lo quedó mirando con inicial perplejidad

que pronto desapareció.

—Hombre, pero si es mi querido amigo Jack Dryssom… ¿Qué tal, Jack? ¿Cómo te va la vida?

—Ya te dije esta mañana por teléfono que bien —contestó el visitante—… ¿Quién era esa pájara rubia?

—¿Una pájara…? Ah, sí. Pues eso, hombre: una pájara que ha venido aquí a echar unos cuantos polvos.

—¿Amiga tuya o de pago?

—Yo ya no tengo amigos, Jack… Bueno, tal vez excepto tú.

—Ni siquiera yo —dijo Dryssom, extendiendo amenazadoramente el brazo armado—… Has sido un idiota al pensar que después de lo que me hiciste podíamos ser amigos de alguna manera. He venido a matarte, Wilson.

Falk parpadeó como si con ello facilitase a su cerebro el esfuerzo de comprender la situación.

—¿A matarme? —masculló—. Escucha, esta mañana, cuando te dije que tenía que pedirte un favor, y que podía pagártelo bien, me diste a entender claramente que aquello que pasó ya lo habías olvidado, y que precisamente si yo disponía de algo de pasta te iba bien, pues estabas en blanco… ¿No es eso lo que me dijiste esta mañana, maldito seas?

—Eso es lo que te dije, pero te mentí. Si hay algo que deseo con toda mi alma en esta vida es matarte. Pero antes me vas a entregar ese dinero que pensabas ofrecerme por ayudarte. ¡Y nada menos que querías encontrar a Pershingwall!

—¿Acaso no sabes dónde está?

—Claro que lo sé, cabrito. ¡Pero nunca te lo diré a ti!

—¿Y a mí? —Sonó la melodiosa voz detrás de Jack—. ¡No se mueva!

Jack Dryssom no parecía tener la menor intención de moverse, debía de comprender muy bien la situación. Tuvo un breve instante de titubeo, pero eso fue todo. Wilson se puso en pie, le quitó con gesto amable la pistola, y, de pronto, inesperadamente, clavó su rodilla derecha en el bajo vientre de Jack Dryssom, que soltó un bramido, y se encogió. Una tremenda bofetada por parte de Wilson lo tiró de costado en la litera, donde quedó encogido y pálido como un muerto, con las manos protegiéndose la zona golpeada.

Wilson miró a Nina Warren y masculló:

—¿Ha visto a alguien más por ahí fuera?

—No. Estoy convencida de que ha venido solo. Pero puesto que te había engañado simulando no guardarte rencor, no necesitaba ayuda para matarte: le bastaba con confiarte.

—¿Sabe, señorita Warren? —Movió la cabeza Wilson—. Es usted verdaderamente una gatita. Ni siquiera yo, que sabía que volvería sobre sus pasos detrás de Dryssom en cuanto él apareciera, la he oído pasar a bordo, ni sus pasos acercándose. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Es que yo no camino —sonrió Nina Warren—: vuelo.

—Ya. Sí, tal vez sea un angelito, y no una gatita. Pero vamos a ocuparnos de nuestro amigo Jack, que ni es un gato ni es un ángel. Yo diría que es más bien un… patoso con mala uva. ¿Está de acuerdo con esto?

Nina Warren se quedó mirando a Dryssom, que se iba recuperando y miraba de uno a otra con expresión preocupada.

—Si te he de decir la verdad —murmuró Nina— a mí tu amigo Jack me parece pura y simplemente un tonto.

—Eso además. —Wilson miró con los párpados entornados a Dryssom, que se pasó la lengua por los labios—. Bueno, Jack, ya sabes cuál es nuestro deseo: encontrar a Dago. ¿Dónde está?

—No sé dónde está él —murmuró Dryssom, sentándose en la litera haciendo gestos de dolor.

—No sabes dónde está él —repitió Wilson, como si tuviera dificultad en entender la frase—. Ya, bien, pero apuesto a que conoces a alguien que sí sabe dónde está en estos momentos nuestro amado Dago. ¿A que sí, Jack?

—No… No, no.

—Mi memoria es excelente. Antes has dicho que sí sabías dónde está Pershingwall, aunque no quería decírmelo a mí. Ahora dices que no lo sabes, y que ni tan siquiera sabes dónde hay alguien que sí sepa dónde está. Veamos, Jack, ¿qué es lo que quieres? ¿Que te arranque los cojones con unas tenazas?

—Si te vas a dedicar a eso yo me voy a dar un paseo —dijo Nina.

—De acuerdo. Vuelve dentro de quince minutos.

—¡No puedes hacerme eso! —aulló Dryssom.

—¿Por qué no? —Se pasmó Wilson Falk.

Jack Dryssom se quedó mirándolo con expresión aterrada. Nina miraba al hombrecillo con la compasiva expresión de quien ya lo está viendo poco menos que hecho trizas.

Wilson Falk, simplemente, alzó la tapa de una caja metida bajo la cocina, y sacó de ella un martillo y unas tenazas. Fue mirando de una a otra herramienta, y dijo, con tono de duda:

—Aunque también podría machacárselos, sin arrancárselos. Siempre resultará menos sangriento.

—Hasta luego —dijo Nina Warren.

—¡No se vaya! —aulló Dryssom—. ¡Se lo diré, se lo diré!

—Lo contrario me habría sorprendido muchísimo —dijo Nina, ofreciendo una simpática sonrisa—: hace ya mucho tiempo que sé que todos somos de carne y hueso, no de acero. Bueno, señor Dryssom: ¿dónde está ese hombre llamado Dagobert Waldo Pershingwall?

—No sé dónde está él, de verdad. Antes he dicho que sí para darme importancia… ¡Pero sé de una persona que sí sabe siempre dónde está Dago!

—¿Qué persona es ésa?

—Se llama Jane Talbot.

—Oh, no —protestó Wilson Falk—… ¡Le juré a Jane que si volvían a cruzarse nuestros caminos la mataría, Jack!

—¿Quién es esa Jane Talbot? —inquirió Nina.

—Ella es… parte de una parte de la historia de mi vida. De una vieja parte de mi historia. Y preferiría no volver a verla, porque si así ocurre tendré que matarla. Jack, búscame otro contacto.

—No conozco a nadie más de la organización que sepa cómo encontrar a Dago —dijo Dryssom—. Sé que ella lo ve con bastante frecuencia.

—Está bien. ¿Y dónde está Jane ahora?

—Vive en una casita en Fairfield, pequeña localidad al sur de Baltimore. Está cerca de Wagners Point… La dirección exacta es 1266 Patapsco River Avenue. Escucha, Wilson, no le digas que he sido yo quien te ha facilitado su dirección… ¡No se lo digas!

—¿A qué viene tanta preocupación? —se sorprendió Falk—. Querido amigo, todas tus preocupaciones han terminado en esta vida…, y empiezan en la otra.

Jack Dryssom abrió la boca, en el inicio de un grito de miedo y

de furiosa protesta; apareció en sus desorbitados ojos un destello de incredulidad, de furia, de rabia infinita… Wilson Falk le metió una bala en el corazón, derribándolo muerto en el acto de espaldas sobre la litera, con los pies todavía tocando el suelo. Los ojos de Dryssom parecían a punto de saltar de las órbitas. Su cuerpo sufrió una sacudida, y de su boca brotó un espeso y violento borbotón de sangre.

Eso fue todo.

—Se va a manchar la cama —dijo Nina Warren.

—Ya cambiaremos las sábanas.

—¿No te parece que has sido demasiado expeditivo? Era un pobre hombre.

Wilson Falk quedó un instante pasmado. Acto seguido soltó una carcajada, y se dejó caer en el taburete de nuevo, con la pistola con silenciador en la mano.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó— ¡Jack Dryssom un pobre hombre! Escuche, señorita Warren, si toda su perspicacia como agente de la CIA está a esta altura será mejor que se dedique a otra cosa. Sepa que Dryssom era un asesino profesional de la peor calaña. ¿Sabe usted lo que quiero decir al incluirlo en «la peor calaña»?

—No exactamente.

—No vamos a engañarnos entre nosotros, ¿verdad? —Frunció el ceño Wilson—. Si usted está aquí es porque tiene las narices bien puestas, y no me venga ahora con el serial lacrimógeno de que nunca ha matado a nadie. En esta profesión todos hemos matado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Nina.

—Muy bien. Pero mire, cuando yo he tenido que matar a alguien la cosa no me ha hecho ninguna gracia, y estoy seguro de que tampoco le ha gustado a usted. Había que hacerlo, y se hacía. Mal hecho, pero tampoco hacíamos de ello el gran gozo y la diversión de nuestra vida, ¿de acuerdo?

—Creo que ya te entiendo. Me estás diciendo que Dryssom disfrutaba matando.

—¿Disfrutar? Eso es poco. Maldito sea, no he conocido a nadie tan asesino y que se mereciese que lo descuartizaran vivo… ¡Y yo simplemente le he metido una bala en su podrido corazón!

—Está bien, está bien. ¿Qué hay de esa Jane Talbot? ¿Qué relación tiene ella con Pershingwall?

—Se lo explicaría con mucho gusto, pero tengo la seguridad de que entonces usted vomitaría el champán que hemos bebido mientras dábamos tiempo para que funcionase la trampa contra Dryssom.

—Vamos, Wilson, las cosas no son tan terribles… Supongo que esa vieja historia entre tú y Jane Talbot es una de tantas: un hombre, una mujer, una traición de amor… ¿No es eso?

—¿De verdad quiere que se la cuente?

—De verdad. Pero no ahora, sino cuando estemos esperando el helicóptero.

—¿Qué helicóptero?

—El que voy a pedir por radio para trasladarnos con él cerca del lugar donde vive su amiga Jane. Vamos a partir hacia el sur, el helicóptero saldrá a nuestro encuentro en un lugar que convendré con mis compañeros, y entonces será el momento de charlar. Pon la lancha en marcha.

—A la orden —saludó militarmente Wilson Falk, sonriendo irónicamente—. Pero le diré una cosa, encanto: no se acostumbre a darme órdenes a mí. Tengo muy mal genio para esas cosas, y de una patada al culo podría tirarla por la borda.

—¿Sí? —sonrió Nina Warren—. Me gustaría ver eso.

—No me provoque, señorita Warren.

—Tómalo como quieras, pero sepas que todavía no ha nacido el hombre que me tire a mí por la borda de una patada en el trasero.

Wilson Falk estuvo unos segundos mirando con simpática atención a Nina Warren. De pronto sonrió, se rascó la nuca, movió la cabeza, y se dirigió hacia cubierta, murmurando:

—Ya me dirá dónde debemos detenernos para que nos recoja ese helicóptero.

Nina Warren quedó sola en el camarín. La lancha fue puesta en marcha. La espía se acercó al cadáver de Jack Dryssom, y le registró los bolsillos y palpó las costuras de sus ropas. Junto al cadáver estaba todo lo que había encontrado, y que no podía ser más corriente y vulgar: dinero, llaves, cigarrillos, encendedor, pañuelo… Y ni siquiera estaba el detalle interesante de que el encendedor fuese una cámara fotográfica. Nada, era un simple encendedor

vulgar y corriente. Como el propio Jack Dryssom.

Nina Warren recurrió a su radio con onda especial.

Afuera, a los mandos de la lancha, Wilson Falk conducía atento a las diferentes luces que veía ante él en Long Island. La navegación por Long Island Sound no era precisamente cómoda, y había que estar siempre muy atento…

Cuando Nina apareció en cubierta se volvió a mirarla, y comentó:

—Caray, sí que ha sido larga esa conferencia con sus compañeros.

—Nos gusta conversar.

—Ya. Bueno, usted dirá dónde nos van a recoger.

—Vaya directo a la costa de Long Island —señaló Nina hacia delante—. Yo le diré dónde debemos detenemos. Estamos muy cerca.

—Estupendo.

Tan sólo quince minutos más tarde, después que Wilson hubo parado el motor, la lancha llegó con el último impulso a una pequeña cala. Wilson echó el anclote, se aseguró de que tenía encendidas las luces reglamentarias, y fue a sentarse en cubierta junto a Nina, que fumaba pensativa. Wilson encendió un cigarrillo, y dijo:

—¿La ponen romántica las estrellas?

—Hábleme de Jane Talbot. ¿La amó usted?

—Señorita Warren, no da usted ni una. Yo amé a la mujer que ella amó, lo cual es bien distinto.

—No comprendo.

—Bueno, había una chica llamada Rosie que formaba parte de la dotación de servicio de Dago, y yo me enamoré de ella…

—¿Quiere eso decir que usted ha estado trabajando para Dago?

—Así fue, durante una temporada. Las cosas no siempre me van bien desde que la C.I.A, me expulsó, ¿sabe?

—Señor Falk: yo no tengo la culpa de…

—Ah-ah, nada de usted y señor Falk. Hemos quedado que me iba a tutear, y que me llamaría simplemente Wilson. Y puestas así las cosas vamos a dejarnos de tonterías, y llamémonos lisa y llanamente Wilson y Nina. A fin de cuentas estamos juntos en esto, ¿no es así?

—Hasta que el espionaje nos separe —sonrió Nina.

—Buena frase, cariño. Está bien, entiendo que no acabas de fiarte de mí, pero me da lo mismo. Después de lo que la CIA dijo que yo había hecho lo que piense una jovencita como tú me tiene sin cuidado. Tú estás trabajando y yo me he metido en esto por dinero. Punto. Y ahora sigamos con lo de Rosie. Sí, los dos trabajábamos para Dago haciendo pequeñas cosas, y todo fue bien hasta que Jane le echó la vista encima a Rosie, y se enamoró de ella. A partir de ese momento no la dejó en paz, y no paró hasta que me puso las cosas difíciles, tanto que le dije que si seguía fastidiándonos Rosie y yo nos largaríamos de la organización… ¿Sabes qué hizo Jane Talbot?

—Ni idea.

—Una noche envió a Jack Dryssom y a otro tipo, llamado Carey, al barracón donde estábamos Rosie y yo, para que me mataran a mí y le llevaran a Rosie a su *bungalow*…

—¿Dónde estabais?

—En cierto lugar de Centroamérica que no viene al caso, preparando un comando para una de esas pequeñas y malditas porquerías… Bueno, al demonio. Dryssom y Carey entraron en nuestro barracón, gritaron que saliéramos de la cama y que nos separásemos, y encendieron la luz. Yo había ya comprendido que si teníamos que separamos era por algo, así que cuando salí de la cama lo hice empuñando mi pistola, que nunca tenía lejos. Le metí una bala en la cabeza a Carey, y otra en el estómago a Dryssom, agarré de una mano a Rosie, y salimos los dos corriendo del barracón, desnudos, arrastrando las pocas ropas que cogimos de pasada… Llegamos corriendo hasta una de las lanchas…

—O sea, que el lugar estaba cerca de la costa.

—Nina, cariño, no te diré dónde estuvimos —gruñó Wilson—. Y si me interrumpes otra vez te vas a quedar sin conocer el final de la puerca historia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Llegamos a una de las lanchas, yo salté a ella, y me volví para ayudar a Rosie. Entonces apareció Jane Talbot, cubierta con un camisón blanco de cuello a pies; parecía… un globo enorme. Nos dijo que o regresábamos a tierra o disparaba contra Rosie. Con ella había tres de los hombres de vigilancia del circuito interior, y había

acudido el del embarcadero… Bueno, tuvimos que ponernos en sus manos. En cuarto nos tuvo delante dijo que a Rosie la iba a convertir en su amante, y que a mí me iba a denunciar a Dago como traidor a la organización. Ya te he dicho que Rosie y yo estábamos desnudos… Jane se acercó a Rosie, y la acarició. Rosie la empujó, diciéndole que le quitara las manos de encima, y que no era más que una asquerosa lesbiana… La empujó con tanta fuerza, con tanto asco, que Jane Talbot cayó sentada al suelo. Uno de los hombres que nos apuntaban con rifles encontró divertida la escena, y soltó una carcajada. Entonces, todavía sentada. Jane le disparó a Rosie, y le metió una bala por un ojo, reventándole la cabeza… Fue todo tan horrible que incluso aquellos bestias se quedaron helados de espanto. Y yo también, por supuesto. Jane se incorporó, y dijo que me encerrasen. Le dije que a la próxima ocasión que tuviera la mataría, y ella se rió y dijo que no habría próxima ocasión, porque al amanecer me haría ahorcar, después de convencer a Dago para que la complaciera. Seguramente lo habrían hecho, pero aquella misma noche me las arreglé para escapar con una lancha, y no quise saber nada más con esa gente. Hace poco vi a Jack en Nueva York, y estuve tentado de matarlo, pero no quise complicarme le vida. Las cosas iban mejor, había olvidado el dolor de la muerte de Rosie… Bueno, Nina, digamos que en estos últimos años de vida tranquila dedicado a escribir he aprendido a valorar la paz y la seguridad. Matar a Jack por las buenas habría sido complicarme la vida, y lo dejé correr. Pero cuando vi la posibilidad de ganar tanto dinero, precisamente utilizándolo a él para localizar a Dago, pensé que me lo merecía.

—Siento lo que pasó —murmuró Nina—. ¿Cómo es Dago?

—Vulgar y corriente y con cara de mochuelo.

Nina se echó a reír.

—Ése es su aspecto físico, entendido —dijo entre risas—, pero yo te pregunto cómo es él… por dentro.

—Es un criminal —dijo sombríamente Wilson—. En ese sentido nada de lo que digan de él podrá sorprenderme.

—O sea, que lo de conseguir una docena de artefactos atómicos te parece a su alcance. Quiero decir no sólo a su alcance, sino que es capaz de cumplir sus amenazas.

—Sin la menor duda.

—¿De dónde crees tú que ha podido sacar doce proyectiles atómicos? Quiero decir que una cosa es ser capaz de hacerlos explotar en los lugares amenazados y otra cosa es conseguirlos. Se diga lo que se diga no es tan fácil conseguir armas atómicas, Wilson. Así que me inclino a pensar que si realmente Dago tiene esos artefactos es porque alguien se los ha proporcionado. ¿Se te ocurre quién ha podido ser?

—No… Ni idea, lo siento. Quizá los haya fabricado él.

—No seas ingenuo. Tal vez alguien pueda fabricarse su propia bombita atómica, para jugar a criminal de la humanidad, pero doce artefactos ya no es tan sencillo. No. Alguien se los ha proporcionado a Pershingwall… Y me gustaría saber quién ha sido. ¿Crees que Jane Talbot puede saberlo?

—Se lo preguntaré antes de matarla.

—Nada de eso —rechazó Nina—. Yo decidiré a quién y cuándo hay que matar, tú eres solamente mi… colaborador. De modo que como por el momento me interesa que Jane Talbot siga con vida seré yo quien vaya a visitarla mañana a su casa.

Wilson Falk rió burlonamente. Vio que Nina fruncía el ceño, y se apresuró a desviar la conversación:

—Antes de ir a ver a Jane quiero ingresar mi dinero en una sucursal de mi banco, no lo olvides.

Nina iba a contestar cuando comenzaron a oír el rumor de un helicóptero acercándose, y, acto seguido, avistaron sus parpadeantes luces.

Poco después, un agente de la CIA pasaba a la lancha, para hacerse cargo de ella, y la señorita Warren y el señor Falk se alejaban en el helicóptero hacia el sur.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada.

Capítulo IV

El 1266 de Patapsco River Avenue correspondía a un chalé de aspecto agradable, rodeado de un pequeño jardín en el que destacaban unos grandes pinos frente a la casa. Se hallaba situado muy cerca de la orilla del río, cuyas quietas aguas tenían una tonalidad de acero aquella mañana. Desde el coche, todavía a cierta distancia, Nina y Wilson contemplaban la casa, ante la cual habían pasado poco antes para echar un vistazo.

—Sigo insistiendo en que sería mejor que fuese yo —dijo Wilson —. O cualquiera de tus compañeros de la CIA.

—Deja a mis compañeros de la CIA: soy yo quien está afrontando este trabajo.

—De acuerdo. Pero no digas que no te advertí.

—¿De qué? Porque todo lo que haces es reírte, pero no me dices en qué consiste la advertencia.

Wilson Falk volvió a reír. Nina frunció de nuevo el ceño, y, sin más, agarró su maletín, se apeó, y echó a andar hacia la casa donde, según el informe del desdichado Jack Dryssom, vivía Jane Talbot. Cuando Nina llegó al pequeño jardín se oía en uno de los pinos al piar de varios pajarillos. La espía sonrió, pulsó el timbre de la puerta, y aguzó el oído.

Casi enseguida oyó las pisadas acercándose. Pisadas de zapatos de mujer, de alto tacón. La puerta se abrió. Nina comenzó a sonreír amablemente…, y la sonrisa quedó como petrificada en su boca. Ante ella tenía una mujer cuya estatura superaba el metro ochenta, y cuyo peso no podía ser inferior a los ciento veinte kilos. Era una enormidad. Una enormidad de todo: de cara, de pechos, de caderas, de brazos… Sus labios eran enormemente gordos, sus ojos enormemente grandes, sus manos enormemente gordas e increíblemente blancas.

También la sonrisa de la enorme mujer fue enorme.

—Hola, pimpollo —saludó—. ¿Vienes vendiendo algo? Pasa, pasa.

—¿Es usted Jane Talbot? —preguntó Nina, tras conseguir reaccionar.

—Sí —los enormes ojos se entornaron—… ¿Nos conocemos tú y yo, cariño?

—No… Pero conozco a Jack Dryssom. Él me dijo que si venía aquí usted podría ayudarme a resolver algunos de mis apuros económicos.

—De modo que has visto a Jack… ¿Dónde?

—En Nueva York.

—Ah, ya. Bueno, pasa, hablaremos de la vida.

Nina Warren entró en la casa, y Jane cerró la puerta. Llevaba una bata de color azul pálido bajo la cual tremolaban sus abundantes y durísimas carnes cuya blancura se sugería nívea. Llegaron a la salita, y nada más entrar la gordísima Jane se quitó la bata con rápidos y hábiles movimientos. Su cuerpo era increíblemente terso. Tenía unos pechos grandiosos, rematados por fantásticos pezones que casi parecían tomates.

—Así que Jack te dijo que aquí conseguirías algo de dinero, ¿eh?

—Sí —murmuró Nina—… ¿Está usted sola?

—Claro, prenda —la enorme se acercó a Nina, y la abrazó por la cintura—… Anda, dame un beso.

La azul mirada de Nina Warren se posó en los oscuros ojos de Jane Talbot, que parecían contener fuego. La gorda no era mucho más alta que Nina, pero pesaba más del doble.

—Jack no me dijo nada de esto —murmuró Nina—… Me dio a entender que podía ganar dinero, pero de otra manera. Me habló de un tal Dago, que podría contratarme.

—Te voy a decir una cosa, ricura —sonrió melosamente Jane—: ese cretino de Jack no te ha dicho nada de nada. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque él sabe que cuando se contrata a alguien nuevo nunca debe enviármelo aquí, sino que concertamos la cita en cualquier lugar que sea terreno de nadie, o, en todo caso, de nuestra comodidad…, pero nunca en mi lugar de residencia del momento. ¿Me comprendes?

—No. Él me dijo…

—Cariño, él no te dijo nada. En todo caso tú le obligarías a

decirte cosas. Pero de eso hablaremos luego, cuando te descuartice con mis propias manos. ¡Ahora dame tu lengua!

Los enormes brazos de Jane apretaron con fuerza a Nina contra su pecho ansioso, y la gran boca se apoderó de los labios de la espía, en un beso sofocante, lujurioso, goloso. La lengua de Jane Talbot entró en la boca de Nina Warren como una serpiente furiosa, provocando un lógico movimiento de rechazo en la espía, que intentó liberarse del beso y de los brazos de la mujerona.

Fue como querer romper un cerco de acero. Mientras la boca de Jane trituraba la de Nina, con los brazos la apretaba contra ella, la estrujaba hasta el punto de que incluso crujieron los huesos de Nina. Ésta no aguantó la agresión más de tres segundos: comprendiendo que por las buenas no iba a poder librarse del abrazo colocó la mano derecha bajo la oreja izquierda de Jane y apretó sin demasiada violencia.

El dolor fue como un latigazo que alcanzase al mismo tiempo todo el cuerpo de Jane Talbot, que soltó a Nina lanzando un alarido y desorbitando los ojos.

—Lo siento —dijo Nina—, pero usted me estaba…

Todavía berreando, Jane se abalanzó contra Nina Warren, evidentemente poco dispuesta a escuchar explicaciones. Nina creyó que podría esquivar fácilmente a aquella mole, pero se llevó una sorpresa, pues Jane era mucho más ágil de lo que sugería su volumen, y de nuevo la abrazó por la cintura.

—¡Ahora vas a ver! —aulló—. ¡Primero serás mía, y luego te estrangularé, so zorra!

Efectuó un giro, como en un baile, y se dejó caer al suelo arrastrando a Nina Warren. En un instante, quedaron ambas sobre la alfombra. Jane encima de la espía, que apenas podía respirar. Jane comenzó a besar en la boca a Nina, que movía la cabeza a un lado y otro mientras gritaba:

—¡Está cometiendo un error, tengo algo muy importante que decirle a Dago…!

—¡Deja a Dago en paz y hagamos; el amor!

—¡Quítate de encima de mí, cerda!

Jane lanzó una exclamación de rabia, y se colocó ágilmente a horcajadas sobre el cuerpo de Nina.

—Conque cerda, ¿eh? —jadeó—. ¡De acuerdo, soy una cerda, y

tú vas a ser mi cerdita…!

Se echó a reír de pronto, y a imitar los gruñidos de los cerdos. Nina Warren estaba, por supuesto, más aturdida que asustada. Y ni siquiera quería lastimar a aquella mujer, sólo deseaba obtener información… Pero Jane Talbot le estaba metiendo la mano por todas partes, tocando sus pechos, sus muslos, su vientre… De pronto, la mano de Jane que hurgaba cerca del sexo de Nina tropezó con la pistola sujeta al muslo izquierdo con una tira de esparadrapo, y la arrancó de un tirón, colocándola ante sus atónitos ojos.

—¡Pero…! —exclamó.

De un manotazo. Nina arrancó su pistola de la mano de Jane, lanzándola lejos de ambas. Acto seguido, y sin dejar que la gordísima reaccionara, se la quitó de encima efectuando un hábil gesto con el cuerpo que derribó de costado a la lesbiana. Nina se puso en pie, pero casi tan ágil como ella fue Jane, que la agarró por los cabellos rubios.

—¡Te voy a someter a mis…! —empezó.

Se quedó mirando, atónita, la peluca que había quedado en sus manos, mientras Nina iniciaba el gesto para girar y alejarse. Jane tiró la peluca a un lado, y quiso agarrar a Nina por los pechos.

Ya harta del juego la espía se la quitó de encima con un tremendo golpe en el vientre que dejó paralizada a la gordísima, y acto seguido, de un bofetón, casi la derribó ante la chimenea.

—¡Ya está bien! —advirtió—. ¡Estoy teniendo demasiada paciencia contigo, vieja ballena! ¡Quédate quieta o te va a pesar!

Los ojos de Jane Talbot parecían enormes bolas de cristal girando a todos lados con expresión enloquecida. De pronto, vieron el atizador junto a la chimenea. Una de sus gordas manos lo agarró, lo alzó, y todo el cuerpo salió disparado hacia Nina Warren, que verdaderamente comenzaba a enfadarse…

Plop, plop, sonaron los dos disparos con silenciador, detrás de Nina.

Jane Talbot se detuvo en seco, con el atizador en alto. Sus pechos habían brincado fuertemente al recibir cada uno de ellos un balazo. Justo por encima de los pezones aparecieron enseguida sendas manchitas rojas, mientras en el aire brillaban las salpicaduras de la sangre. La desorbitada mirada de la mujerona fue

hacia la puerta. Nina también miró hacia allí, y vio a Wilson Falk pistola en mano y contemplando con dura expresión a Jane, que en aquel momento emitía una especie de ronquido tremolante y daba un paso más hacia Nina.

Plop, disparó de nuevo Wilson Falk.

Esta vez la bala reventó un ojo a Jane Talbot, y, siguiendo la trayectoria, destrozó el cerebro y salió por la parte posterior de la cabeza, ocasionando allá como una pequeña erupción volcánica de masa encefálica, sangre, cabellos y esquirlas de hueso. La cabeza de Jane fue sacudida violentamente, mientras el cuerpo comenzaba a caer hacia atrás. El corpachón resonó en el suelo haciendo estremecerse los cristales de las ventanas.

—¿Estás bien? —Gruñó Wilson.

—No has debido matarla —susurró Nina.

—No, ¿eh? Si yo no hubiera intervenido en estos momentos serías tú quien estaría muerta en el suelo con la cabeza rota.

—He salido de peores situaciones —movió la cabeza Nina—… No has podido resistirte, ¿verdad? Tenías que hacerlo, tenías que matar a esta pobre idiota como ella mató a tu Rosie.

—No se trata de eso…

—¡Sí se trata de eso! ¡La has matado como ella mató a Rosie, sin pensar en otra cosa que en tu venganza! ¿Puedes decirme qué haremos ahora, cómo seguiremos la pista para llegar hasta Dago?

—No me cabrees, Nina. ¡Maldita sea, acabo de salvarte la vida!

—¿Quieres entenderlo, estúpido? No necesitaba la ayuda de nadie para manejar a esta mujer. Pero ya no vale la pena discutir, dejémoslo. Vamos a ver si encontramos en la casa algo que pueda orientamos.

Durante más de quince minutos los dos estuvieron buscando algo que pudiera servirles para proseguir la pista hacia Dagobert Waldo Pershingwall, sin que pareciera que tal pista existiera. Nina registró concienzudamente el dormitorio de Jane Talbot, que parecía talmente una perfumería, debido a la gran cantidad de frascos de toda clase de perfume. También tenía muchos saltos de cama, camisones, prendas íntimas… Parecía el vestuario de diez mujeres, no de una, y en cuanto a perfumes Nina Warren jamás había visto tantos juntos, ni siquiera en su *boutique* habitual. Había fotografías de hermosas muchachas dedicadas a Jane de diferentes

maneras, pero todas ellas muy cariñosas:

A Jane, mi querida amiga.
Jane, te recuerdo con pasión.
Para Jane, su palomita cariñosa.
Jane, mi cuerpo es tuyo…

Y por supuesto todas las fotos de las chicas las mostraban a éstas desnudas. Las frases eran de lo más patético, pues algunas añadían flores o dibujitos alusivos al sexo…

El timbre del teléfono sorprendió a Nina y Wilson sonando a la vez, naturalmente, en el aparato del saloncito y en el del dormitorio. Wilson apareció en éste rápidamente, señalando al aparato.

—¡Si no hablas mucho quizá consigas algo! —exclamó.

Nina captó la idea inmediatamente, esperó a que el teléfono sonara tres o cuatro veces más, y descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió, con voz como adormilada.

—¡Hola, Jane; Soy Susan…! ¿Estabas durmiendo?

—Sí.

—¡Me lo he imaginado! ¿Qué hacemos ahora?

—Sugiéreme algo —farfulló Nina.

Al otro lado de la línea hubo unos segundos de silencio. Luego, sonó de nuevo la voz de Susan:

—Si tenemos que reunirnos con ellos para ir allá no podemos perder más tiempo. ¿Qué te parece si paso con el coche a recogerte? ¡Pero nada de entretenernos esta mañana con tus cosas, ya sabes!

—De acuerdo.

—¡Ya tendremos tiempo! —rió Susan—. ¡Hasta luego! Bueno, estoy ahí en menos de veinte minutos, amorcito.

—Bien.

Susan colgó, y Nina hizo lo mismo. Wilson Falk, que se había colocado junto a ella para poder escuchar la conversación telefónica, se quedó mirando hoscamente el teléfono.

—No sé —murmuró—… Yo diría que no ha notado nada. ¿Qué te parece a ti?

—No estoy muy segura. Pero lo sabremos en menos de veinte minutos: si viene, es que ha aceptado mi voz soñolienta como la de

Jane. Si no viene… tendremos que buscar alguna otra pista que nos vaya acercando a Pershingwall.

* * *

Susan acudió.

Desde dentro de la casa, atisbando por una ventana. Nina y Wilson vieron aparecer el coche por la avenida, reluciendo a pleno sol. El auto se detuvo delante mismo de la casa de Jane Talbot, y una preciosa muchacha pelirroja, de movimientos vivos, nerviosos, se apeó enseguida y se acercó a la casa apresuradamente.

—Vaya bombón —opinó Wilson Falk.

—Seguramente es lesbiana.

—¿Tenías que fastidiarme recordándomelo?

—Vamos a abrir —sonrió burlonamente Nina—. Y nada de confiarnos.

Oyeron la llamada a la puerta. Wilson se colocó a un lado, pistola en mano, y Nina abrió. Ante ella, la pelirroja, que sonreía dulcemente, experimentó como un sobresalto, y se quedó mirando alarmada a Nina, que sonrió.

—Pasa —dijo—. Jane todavía está arreglándose. Es que nos has pillado en la cama cuando has llamado.

El gesto de la pelirroja se nubló. Miró hacia el interior de la casa, y luego, hoscamente, a Nina. Por fin, entró, con gesto resuelto y hostil. Nina cerró la puerta, de modo que Wilson quedó visible, pistola en mano y apuntando a la pelirroja, a la cual le sonrió amistosamente mientras la muchacha se atragantaba con el respingo.

—¿Qué tal, Susan? —se interesó.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó Susan.

—Wilson y Nina. Escucha, vamos a exponerte la situación del modo más conciso y claro posible: hemos entendido que tú y Jane teníais que reuniros para ir a alguna parte con «ellos», que supongo que son algunos de los hombres de Dago, con los cuales os disponéis a ir «allá». Y «allá» sólo puede ser al lugar donde está instalado ahora Dago en Estados Unidos. Pues bien, Susan: nosotros hemos matado ya a Jane, y estamos dispuestos a hacer lo mismo contigo si no nos llevas con «ellos». ¿Has comprendido?

—No es cierto —jadeó la muchacha—… ¡Ella no está muerta!

—¿Te refieres a Jane? Entra a verlo.

Wilson señaló hacia la salita, y Susan entró en ésta. Gritó al ver la enorme mole blanca de Jane Talbot tendida en el suelo, y corrió a arrodillarse a su lado…, para esconder su rostro entre las manos cuando vio cómo había quedado el de Jane.

Cuando retiró las manos del rostro Susan vio, apuntándole a un ojo, el siniestro agujero negro del silenciador, a menos de un palmo. Detrás, apretados los labios, dura la expresión, como vitrificados los ojos, estaba Wilson Falk, que preguntó, suavemente:

—¿Y bien, Susan?

—Les… les llevaré al lugar donde… donde teníamos que encontrarnos con ellos…

—¿Cuál es ese lugar?

—Bueno, es un cruce de caminos que hay al norte de Baltimore, entre Cockeysville y Ashland. Después de Cockeysville, y cuando se encuentra…

—¿A qué hora es esa cita? —La interrumpió Wilson.

—A las doce.

El ex espía historiador miró su reloj de pulsera, frunció el ceño, y señaló fuera de la casa.

—Nos darás todas las explicaciones que quieras por el camino, pero mientras tanto, vamos para allá. ¡Venga, espabila! ¿Cuántos hombres son?

—Dos.

—Bien. Te diremos lo que tienes que hacer, para que no desconfíen al no ver a Jane contigo. Eso, en el supuesto de que lleguemos nosotros antes, porque si cuando llegamos allá ellos se nos han anticipado no valdrá de nada hacer comedia…

—Estamos perdiendo demasiado tiempo —murmuró Nina Warren.

* * *

Susan detuvo el coche en el cruce de caminos que apareció después de dejar atrás la localidad de Cockeysville. No había nadie por allí, y cuando la bella pelirroja detuvo el coche el silencio fue verdaderamente notable. En el asiento de atrás del vehículo,

deslizados de modo que desde el exterior no podían ser vistos, estaban Wilson y Nina, que mientras llegaban habían atisbado alrededor, cerciorándose de que no había coche alguno a la vista.

—No han llegado —murmuró Susan.

—Está bien —dijo Wilson—. Permanece dentro del coche, sin ponerte nerviosa. Enciende un cigarrillo.

Susan obedeció. Nina Warren tendía su finísimo oído hacia el exterior en busca de algún sonido revelador, pero nada se oía. Susan había encendido un cigarrillo, y sacó un codo por la ventanilla, apoyándose en el hueco; parecía muy tranquila.

De pronto, Nina Warren percibió un sonido que la desconcertó apenas una décima de segundo.

Pero fue suficiente: cuando comprendió que el sonido provenía de una cápsula de cristal que se había roto en el interior del coche, el gas contenido en la cápsula hizo efecto en ella, en Wilson, y en la propia Susan.

A los pocos segundos tres hombres aparecieron de entre los pinos, uno de ellos portando el rifle con el que había disparado la cápsula de gas narcótico al interior del coche de la pelirroja. Los tres se acercaron al coche, contemplaron a los tres durmientes, y uno de ellos comentó:

—La gente cada día es más floja: se duerme en cualquier sitio.

Capítulo V

De las diversas sensaciones la que más persistía era la de estar volando. O mejor dicho, la de haber estado volando, pues ahora no volaba, sino que navegaba.

Se sorprendió al tener tan clara y súbita consciencia de esto.

Se hallaba tendida de espaldas, y sobre ella veía un techo con rejilla metálica. No era un techo, comprendió enseguida: era el fondo de una litera. Es decir, que ella estaba tendida en una litera, y tenía encima otra. Movió la cabeza, vio la portilla cerrada, y el azul del cielo que comenzaba a oscurecerse.

Sabía perfectamente que durante horas había estado sometida no sólo a los primeros efectos del gas que habían disparado dentro del coche, sino a sucesivos pinchazos que la habían mantenido en un estado de sopor debido a la droga, que le había producido alucinaciones que ahora le parecían recuerdos lejanos, como de otra vida.

Aspiró profundamente, carraspeó, se movió… De la litera de encima se descolgó Wilson Falk, que quedó acuclillado junto a ella, mirándola con el ceño fruncido, pero intentando al mismo tiempo una sonrisa.

—De modo que ya has despertado —murmuró—… ¿Cómo te sientes?

—Nos han estado drogando, ¿verdad? —murmuró también Nina.

—Sí, para que no molestásemos durante el viaje… Creo que hemos viajado en coche, en avioneta, en helicóptero, y ahora en barco. Debemos de estar dando la vuelta al mundo, por lo menos.

—¿Supones que Pershingwall está instalado en alguna parte lejos de Estados Unidos?

—No —reflexionó Wilson—… Teniendo en cuenta lo que está tramando él tiene que estar en Estados Unidos.

—Pues entonces estamos cerca de alguna costa de las nuestras. ¿Hace mucho que has despertado?

—Unos quince minutos. Vi que dormías, comprobé que estamos encerrados en este camarote, y dando por sentado que en este barco viaja gente armada, decidí tomarme las cosas con calma. Sobre todo teniendo en cuenta que no quieren matarnos…, al menos por ahora, pues ya lo habrían hecho.

Nina Warren asintió, tendió una mano a Wilson, y éste la ayudó a incorporarse y a salir de la litera. Ella estuvo unos segundos asegurándose de que se encontraba en condiciones físicas normales o poco menos, y luego se acercó a la portilla y miró hacia el mar, que tenía un cierto tono plomizo que no le gustó nada. Abrió la portilla, y, apenas aspirar el aire fresco del exterior, dijo:

—No estamos en el mar. No huele a mar.

—Tienes razón —asintió Wilson, olfateando—. Bueno, yo antes no abrí la portilla, sólo miré, y me pareció que era el mar.

—Lo parece, pero no lo es. Estamos navegando por un lago.

—Pues estamos listos —masculló Wilson—; porque si estuviésemos en el mar al menos sabríamos que o estábamos en el Atlántico o en el Pacífico, pero si estamos en un lago… Hay cientos de lagos.

—No como éste. Estamos bastante al norte, posiblemente cerca de Canadá.

—¿Cómo demonios puedes saber eso?

—Porque cuanto más al norte viajo más siento el aire frío y húmedo. Cada día detesto más el frío, y mis huesos lo perciben enseguida. No me sorprendería que estuviéramos navegando por uno de los Grandes Lagos.

Wilson Falk frunció el ceño, parpadeó, y terminó asintiendo. Luego encogió los hombros y se quedó mirando hoscamente el exterior. Los dos permanecieron algunos minutos de pie ante la portilla. Oscureció rápidamente. En el cielo quedó como el recuerdo de un bellísimo incendio rojo que adquirió una tonalidad morada cada vez más oscura, hasta que devino en negro total. Ambos fueron a sentarse en el borde de la litera inferior, y Wilson gruñó:

—Nos lo han quitado todo, incluso los cigarrillos.

—Pues no fumaremos —se resignó Nina.

Casi media hora más tarde los motores de la embarcación se

detuvieron. Al poco, supieron que había sido lanzada el ancla. El barco se mecía suavemente. Por la portilla se veían las estrellas. Al angosto camarote llegaba de cuando en cuando el rumor de voces.

Transcurrieron más de diez minutos antes de que, finalmente, la puerta del camarote se abriera, y apareciera Susan, acompañada de dos hombres armados.

—Salgan —dijo—. Vamos a desembarcar.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nina.

—Cierre la boca —dijo uno de los hombres.

Inesperadamente, se encaró con Wilson, y le descargó un brutal patadón en los testículos. No le alcanzó de milagro, al parecer, pues Wilson adivinó el gesto y juntó los muslos y giró las caderas. De todos modos el golpe fue tremendo, y lo derribó. El otro hombre se acercó, y le aplicó al ex espía un puntapié en el estómago. Nina hizo un gesto hacia ellos, pero una pistola apareció en la mano de Susan, apuntando a su cabeza.

—Déjelos —susurró—… Lo están haciendo por encargo mío: yo amaba a Jane.

Nina quedó inmóvil, apretados los labios, viendo cómo los dos sujetos seguían pateando a Wilson Falk, que giraba protegiéndose el rostro, pero recibiendo los golpes en el estómago, en los costados, en los riñones… Por supuesto, terminó perdiendo el sentido, quedando como una masa muerta en el centro del pequeño camarote, cara al techo.

—Sacadlo —dijo Susan—. Yo me encargo de ella.

Los dos hombres sacaron a Wilson arrastrándolo de cualquier manera. Susan hizo un gesto hacia la puerta, y Nina abandonó el camarote. Poco después, desde la cubierta del barco, que parecía un pesquero pero que no olía en absoluto a pescado, tal vez porque hacía mucho tiempo que había dejado de ser utilizado para la pesca, pasaban a un bote, el cual los condujo a tierra.

El bote hundió la quilla en la arena, y Wilson Falk, que había recobrado el conocimiento casi completamente, fue empujado fuera del bote. Cayó en la arena que más bien parecía lodo, y uno de los sujetos soltó una risita. Nina saltó a tierra, y ayudó a Wilson a ponerse en pie.

No muy lejos de allí, tierra adentro, Nina vio pasar las luces de un automóvil.

—Caminen —ordenó Susan.

Todavía ayudando a Wilson, Nina echó a andar hacia la carretera. Un par de veces volvió la cabeza hacia el lago, y vio el barco, que no tenía encendida ninguna luz. Bueno, allá ellos.

Efectivamente, caminaron muy poco hasta llegar a la carretera, que cruzaron. Siguieron caminando, y apenas habían recorrido trescientos metros, ya Wilson recuperado totalmente, cuando vieron aparecer las luces de un vehículo, que al poco se detenía ante ellos.

Era una camioneta, en cuya zona de carga se acomodaron Nina, Wilson, Susan y los dos sujetos. Pero la camioneta no partió hasta que llegó el tercer hombre, que portaba el maletín de Nina Warren, la cual simplemente bajó los párpados.

La camioneta partió.

Se detuvo casi una hora más tarde, lo cual no significaba nada, ya que aunque hubieran recorrido entre setenta y cien kilómetros podían haber estado dando vueltas y permanecer muy cerca de donde había quedado anclado el barco.

Uno de los hombres abrió las puertas de la camioneta, y bajaron todos. Frente a la camioneta había una casa, bastante grande, en varias de cuyas ventanas se veía luz. Nina y Wilson fueron empujados hacia ella. Abrió la puerta un sujeto alto, gordo, fuerte, peludo, que sonrió al ver a Nina, y, sin más protocolos, le palpó groseramente los pechos. Wilson masculló una maldición, pero Nina lo retuvo por un brazo enseguida, mientras el gigante gordinflón se echaba a reír.

Los condujo hacia la puerta de la izquierda, la abrió, y se apartó. Cuando Nina pasó junto a él le dio una palmada en una nalga, y volvió a reír. Nina no le hizo el menor caso. Habían entrado en un salón, vio al hombre que les contemplaba con curiosidad, y en el acto supo que se hallaba ante el mismísimo Dagobert Waldo Pershingwall.

Y ello porque, realmente, tenía cara de mochuelo: redonda, ancha, de grandes ojos que parecían hipnotizados, nariz y boca pequeña, orejas puntiagudas, y, como si él mismo quisiera acentuar su aspecto de mochuelo, peinaba sus negros y lisos cabellos con raya en medio. Si de pronto se hubiera echado a volar a Nina no le habría extrañado nada. Por lo demás, su estatura y conformación física eran normales y corrientes…, aunque no así el espléndido,

exótico, casi escandaloso batín de seda de fulgurantes colores que cubría su cuerpo vulgar.

La hipnótica mirada del personaje estuvo unos segundos fija en Nina Warren, y luego, lentamente, se posó en Wilson Falk.

—¿Qué tal, Wilson? —saludó el mochuelo, con voz chillona.

—Vete al cojón, imbécil —gruñó Wilson—. ¡A ver si te crees que vas a reírte de mí!

—Reírme tal vez no —replicó el otro—, pero puedo matarte ahora mismo.

—Eso sí, pero te vas a reírte de tu madre, ¿de acuerdo?

El mochuelo asintió.

—Después de aquello estuvimos buscándote un tiempo, pero al final decidí dejarte tranquilo. Y sobre todo últimamente, que tengo una cosa muy importante entre manos, y no iba a perder el tiempo ni a comprometerme con pequeñeces. Y entonces apareces tú y matas a Jane. ¿No podías dejar las cosas como estaban, tal como hacía yo?

—No. Y también me he cargado a Jack. Jack Dryssom.

—Ya. Sí, entiendo. Por suerte, cuando tu acompañante intentó engañar a Susan no lo consiguió, y pudieron tenderos una trampa. Y ello, solamente porque quiero preguntarte algo personalmente: ¿por qué te has complicado la vida tantísimo a cambio de una absurda venganza? ¿Estás aburrido de vivir, Wilson?

—No. Pero me habría gustado fastidiarte los planes. Así que me puse en contacto con la CIA ofreciéndome para ayudarles a localizarte, recurriendo a viejas amistades, como Jack Dryssom.

El mochuelo asintió de nuevo, e hizo girar sus redondos ojos hacia Nina Warren.

—¿Entiendo que la señorita es de la CIA?

—Sí.

—Me encanta la CIA —sonrió de pronto Dago—: son la pandilla más grande de canallitas inútiles que he conocido jamás. ¿No está usted de acuerdo con esto, señorita…?

—Nina Warren —se presentó ésta—. Y no acostumbro discutir las opiniones de quienes están en situación ventajosa.

—Eso es muy sensato —admitió Pershingwall—. ¿De verdad es usted una agente de la CIA?

—Sí. Fui elegida especialmente para hacer contacto con Wilson

a fin de escuchar su oferta. Y sepa usted que mis compañeros podrán encontrarme antes de dos horas gracias a determinados trucos… especiales.

Dago alzó las cejas. El hombre que había llevado el maletín de Nina se acercó a él, le susurró al oído durante un par de minutos, y luego abrió el maletín, mostrándole su contenido. Todavía estuvieron cuchicheando otros dos o tres minutos y examinando las cosas que contenía el maletín. Por fin éste fue cerrado, y Dagobert Waldo Pershingwall miró a la bellísima espía.

—Jane Talbot y yo teníamos hecho un pacto, y precisamente ella estaba trabajando en su parte mientras yo me ocupaba de asuntos de envergadura que sin duda usted ya conoce. ¿Quiere que le explique qué pacto teníamos Jane y yo, señorita Warren?

—Sí, me gustaría saberlo.

—Pues verá usted: yo le daba una buena cantidad de dinero a Jane, ella se instalaba temporalmente cerca de alguna ciudad bastante populosa, y se dedicaba a buscar chicas que fuesen simpáticas, complacientes y por supuesto muy guapas. El objeto de esto era surtirme a mí de muchachas periódicamente, pues me gusta ir variando de amiguitas, y tener cerca de mí varias, para ir eligiendo según el gusto del día o del momento. Por supuesto, yo sabía que Jane era lesbiana, y que buscaba chicas que, al mismo tiempo, también fuesen cariñosas con ella. No me molestaba eso, créame, pues aunque fuese utilizando mi dinero sabía que Jane siempre conseguía las mejores chicas para ella y para mí. Aquí tenemos a Susan, por ejemplo, que era una de las ya contratadas hace tiempo y que últimamente ayudaba a Jane. ¿No le gusta Susan?

—Es graciosilla —dijo Nina.

—¿Graciosilla? —Se pasmó un instante Dago; y de pronto se echó a reír—. ¡Bueno, no deja de ser una opinión aceptable la suya, señorita Warren! Pero yo le decía todo esto del pacto entre Jane y yo porque quiero que comprendan bien lo que han hecho usted y Wilson: al matar a Jane me han dejado sin proveedora de chicas.

—Susan puede ocupar el puesto de Jane —sugirió Nina.

—No es mala idea —alzó las cejas el mochuelo—, pero eso requiere tiempo. Y se me ha ocurrido que, mientras Susan reorganiza mis… caprichos en ese sentido, usted, que ciertamente

es espléndida, será la responsable de satisfacer mis exigencias sexuales. ¿Qué le parece?

—Que usted es un desgraciado. ¿Cómo puede pensar en estas cosas un hombre que espera conseguir cinco mil millones de dólares bajo la amenaza de exterminar diez millones de vidas?

—Tiene usted lengua de víbora, señorita Warren.

—Y usted es un cretino. Después de conocerle no creo en absoluto que sea capaz de cumplir sus amenazas, por la sencilla razón de que un bobo de su calibre es incapaz de organizar el plan adecuado, y no tendría ni idea de cómo conseguir diez artefactos atómicos. Es usted un pelanas, cara de mochuelo.

Wilson Falk se echó a reír, contemplando con complacida burla a Dagobert Waldo Pershingwall, quien a su vez contemplaba a la espía con expresión hierática, más parecido que nunca a un mochuelo.

—De modo —susurró finalmente— que usted no cree que yo tengo doce artefactos atómicos listos para ser disparados, ni me cree capaz de organizar un plan de esta envergadura.

—Claro que no, desgraciado —continuó provocando Nina Warren.

—Bien… Bien, bien, bien. Por esta noche vamos a dejar las cosas así, pues tengo que atender diversos asuntos. Pero a su debido tiempo, señorita Warren, volveremos sobre el particular, y usted y Wilson podrán convencerse plenamente de la realidad. ¿Alguna vez ha viajado usted amarrada a un proyectil atómico?

—Yo he viajado incluso en cohete espacial —replicó Nina Warren—… Nada de lo que a usted se le ocurra podrá sorprenderme a mí.

—¿Está segura de eso?

—Absolutamente.

Dagobert Waldo Pershingwall sonrió perversamente, y dijo:

—Eso ya lo veremos. Con usted voy a divertirme, porque es muy insolente. Siempre es más divertido someter a una persona insolente que simplemente hacerla trizas, ¿no le parece?

—Es usted un bocazas. Ni siquiera llegará a mañana, pues la CIA lo aniquilará.

—Seguiremos la conversación en otro momento —dijo Dago, ahora con gesto inexpresivo—. Ahora los instalarán en cualquier

sitio hasta que yo pueda disponer de ustedes… adecuadamente. Fuera de aquí.

Poco después, Nina y Wilson eran encerrados en una habitación de la planta baja cuya ventana había sido tapiada hacía tiempo con gruesos ladrillos. El ex espía miró entre divertido y preocupado a la espía en activo.

—Debes de estar loca —sentenció—… Provocar a Dago es una locura, al menos.

—Entonces los dos estamos locos, ¿no? —sonrió Nina.

Él encogió los hombros, y procedió a quitarse la ropa, dejando al descubierto una musculatura no demasiado voluminosa, pero sí impresionante por sus bellas formas y potencia. Se veían en el cuerpo algunas señales de los golpes recibidos, y Wilson murmuró:

—También Susan me las pagará —miró de pronto esperanzado a Nina—. ¿De verdad va a llegar la CIA detrás de nosotros?

—Si pudiera utilizar la radio que hay en mi maletín, podría poner en marcha el emisor de señales que serviría para que nos localizasen no tardando demasiado. Pero mientras no consiga recuperar mi maletín me temo que estamos solos y abandonados en esto.

—Juntos hasta la muerte, ¿eh? —Torció el gesto Wilson.

—O hasta que el espionaje nos separe.

—¿A qué viene repetir esa frase? ¿Qué estás tratando de decir?

—La verdad es que nada especial —pareció sorprendida de sí misma Nina Warren—. No me hagas caso: simplemente, debe de haberme gustado la frase. ¿Te parece que intentemos dormir? Nos conviene estar descansados, por si en algún momento se nos presentase cualquier oportunidad de escapar.

—Eso no va a ser nada fácil —murmuró Wilson—. Yo puedo insultar a Dago, y tú puedes creer de él lo que quieras, pero te aseguro que de tonto no tiene nada. Ni necesita a nadie para que lo dirija o apoye económicamente en este asunto. Maldito sea, ¡si él se ha propuesto lanzar esos doce proyectiles atómicos puedes estar segura de que lo hará!

—¿Aunque le paguen los cinco mil millones de dólares?

—Ah, no —movió la cabeza Wilson—. Es demasiado listo para eso. Si a pesar de cobrar cumpliera su amenaza en esta ocasión la próxima vez no le pagarían, pues temerían que de todos modos

cumpliera sus amenazas.

—¿Quieres decir que después de esta jugada de los proyectiles atómicos se inventará otra para volver a pedir dinero a la Casa Blanca?

—Dinero o cualquier otra cosa —Wilson volvió a mover la cabeza—… ¡Igual se le ocurre pedir la mejor Flota de la Marina de Estados Unidos!

Nina estuvo unos segundos mirando fijamente a Wilson. Luego se acercó al único camastro que había en el cuarto, lo palpó, y frunció el ceño.

—En fin —dijo—, he dormido en sitios peores.

—Peor lo voy a pasar yo —gruñó Wilson— que voy a dormir en el suelo.

—Nada de eso —rechazó Nina la idea—. Dormirás conmigo en el camastro. Pero por favor, Wilson, nada de tonterías, ¿de acuerdo?

—Ya veo que todavía no te has enamorado de mí —sonrió él.

—A lo mejor sí —sonrió también ella—, pero ya sabes que las mujeres somos muy hipócritas y nos gusta disimular.

Capítulo VI

El día siguiente transcurrió simplemente en blanco. Permanecieron encerrados en la habitación, sin ver a nadie y sin saber nada de lo que ocurría a su alrededor. Ni siquiera les llevaron comida o agua, y los cigarrillos se les habían terminado. La segunda noche que pasaban en el lugar fue igualmente tranquila y silenciosa. Nada a destacar. Por la mañana apareció Susan, escoltada por dos de los tres sujetos que ya conocían los prisioneros. Les traía comida y agua, que dejó sobre una mesita, comentando:

—A él no debería traerle nada, pues me gustaría que reventase. Pero tú eres un encanto.

Esto lo dijo mirando a Nina Warren, que alzó las cejas con un gesto simpático, mientras Wilson comentaba:

—Lo mismo digo yo, marrana. Y no te quepa duda de que si Nina tuviera que elegir entre tú y yo no tendría la menor duda.

—¿No? —Le miró despectivamente Susan—. ¿Y a quién elegiría?

—Eres tan torpe como Jane —masculló Wilson—… ¿Todavía no te has dado cuenta de que Nina y yo estamos enamorados uno del otro? Así que no nos vengas con desviaciones sexuales. ¿Por qué no te largas y nos dejas tranquilos para que sigamos haciendo el amor?

—No conseguirás provocarme —dijo fríamente Susan—. Y pronto tendré el placer de arrancarte las tripas con mis manos.

—No te lo tomes así —dijo amablemente Nina, siguiendo el juego de Wilson—. Además, sería una pena que te mancharas de sangre y vísceras unas manos tan bonitas.

—¿De verdad te parecen bonitas? —Se le acercó más Susan.

—Sabes muy bien que lo son —la miró cariñosamente la espía, que de pronto olfateó como sorprendida—… Y además, hueles maravillosamente.

—¡Me alegra que lo hayas notado! —rió Susan—. En cuanto al perfume que llevo es tuyo.

—Eso me parecía. Lo has cogido de mi maletín, ¿no es cierto?

—Claro. Tienes muy buen gusto para todo… Por eso me sorprendería mucho que te acostaras con este asqueroso. ¿Verdad que no lo has hecho?

—Claro que no —dijo dulcemente Nina.

—Me alegra saberlo —Susan acarició suavemente una mejilla de la espía—… Es una lástima que tú y yo no nos hayamos conocido en mejores circunstancias.

—Bueno —sonrió Nina—, siempre se está a tiempo de iniciar una buena amistad, Susan.

—Venga, dejaros de idioteces —gruñó uno de los tres sujetos—, que hay muchas cosas por hacer. Termina con el juego y salgamos, Susan.

Ésta se quedó mirando intensamente a Nina Warren. De repente dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. En la hermética habitación quedaron solos de nuevo Nina y Wilson. Éste contempló socarronamente a aquélla.

—Debo reconocer que tienes arte para mentir. Hasta yo empezaba a creer que estás enamorada de Susan.

—La idea ha sido tuya, ¿no? —rió Nina—. Pero no creo que funcione.

—El caso es salir de aquí. Y a fin de cuentas no creo que sea tan terrible cambiar unas caricias con Susan.

—¿Y por qué no las cambias tú con Dago? —protestó Nina.

—¡Porque Dago no es homosexual! —rió ahora Wilson—. Si lo fuera puedes estar segura de que sería yo quien intentaría ganármelo a él para ver si conseguíamos engañarlo de algún modo y escapar de aquí. Pero puesto que tú tienes alguna oportunidad con Susan sigamos con eso en cuanto puedas.

—Está bien —encogió los hombros Nina—, haré lo posible, aunque no creo que tengamos ningún resultado. Y ahora, comamos y bebamos.

Se aplicaron a ello con serenidad y comedimiento, pese a la necesidad que ambos experimentaban, especialmente de beber. Durante unos minutos estuvieron dedicados a ello, absortos. No se oía nada fuera del cuarto-celda que ocupaban.

—Si ella tiene tu maletín —dijo de pronto Wilson—, deberías intentar engañarla de alguna manera para que te lo trajera.

—Lo intentaré, pero tampoco debemos considerarla tan tonta, Wilson.

—Supongamos que consiguieras el maletín: ¿podrías realmente avisar a la CIA?

—Dispongo de tres procedimientos para ello en el maletín —asintió Nina—. Uno de ellos consiste pura y simplemente en la radio que llevo camuflada en el paquete de cigarrillos, y que no sólo es el más práctico, sino el de mayor alcance. Otro consiste en unos cuantos diminutos emisores que funcionan cuando me los trago, es decir, con el calor de mi cuerpo. Y el tercero es un pequeño emisor de señales a pilas de alcance parecido al anterior, y que, igualmente, sirve para que un receptor vaya situando el lugar de las señales. Ya debes de conocer estos sistemas, pues no son nuevos.

—Sí —asintió Wilson—. Maldita sea, ¡si pudiéramos conseguir ese maletín!

—Si Susan vuelve por aquí lo intentaré.

Pero Susan no volvió por allí. Sin embargo, sí aparecieron, mucho más tarde, dos de los tres sujetos huraños, y uno de ellos señaló a Nina, y masculló:

—Tú, ven con nosotros.

Wilson inició un gesto hacia ellos, pero las pistolas aparecieron como por arte de magia en las manos de los dos hombres, y el ex espía lanzó una maldición y quedó como clavado de pies al suelo. Nina lo miró, le hizo un gesto simpático de despedida, y se dirigió hacia la puerta. Ya en el pasillo vio a uno de los sujetos moviendo la rosca que colocaba los pestillos solidísimos a los lados de la puerta. El otro señaló pasillo adelante. Nina caminó por delante de los dos hombres. En el vestíbulo vio al alto y gordo sujeto, que la miró con expresión de hambre. Uno de los acompañantes agarró a Nina de un brazo y la condujo escaleras arriba. Por las ventanas del amplio vestíbulo se veía la oscuridad de la noche.

Llegaron al piso superior, y uno de los sujetos abrió una de las puertas y movió la cabeza hacia el interior de la habitación. Nina entró, y el sujeto cerró la puerta, quedándose afuera.

—¿Qué tal? —Acogió cálidamente Susan a Nina—. ¿Cómo has pasado el día?

La espía entornó los párpados y miró alrededor. No había gran cosa que mirar. La habitación pretendía resultar agradable, pero no

era fácil conseguir esto, pues de sobra se notaba que la casa no solía estar ocupada, y que solamente había sido dotada del mínimo confort para pasar en ella unos cuantos días, los mínimos necesarios para determinada operación. Una operación, por supuesto, relacionada con la amenaza de Pershingwall.

Tras mirar alrededor la mirada de Nina regresó a Susan, que se hallaba ataviada únicamente con un pantaloncito diminuto, mostrando plenamente el resto de sus indiscutibles encantos. Hermosas caderas, espléndidos pechos, piernas bien torneadas.

—¿No quieres contestar? —sonrió Susan.

—Claro que sí, aunque no hace falta: he pasado un día fatal. Allá encerrada he tenido mucho calor.

—Sí, es cierto, ya empieza a hacer calor, incluso por estas latitudes. Por eso yo me he quedado tan ligera de ropas. Puedes hacer lo mismo, si lo deseas.

—¿Qué es lo que pretendes? —desconfió Nina.

—Nada malo: pasar un agradable rato juntas, eso es todo.

De nuevo miró Nina Warren alrededor. Sobre una mesita vio su maletín, pero su expresión no se alteró.

—¿Quieres ponerte un poco de perfume? —ofreció Susan—. Pero perderías el tiempo si intentaras utilizar la radio que había en el paquete de cigarrillos: Dago se la quedó.

—Era de suponer.

—Vamos, no seas tonta… Dago se ha ido, y tú puedes pasarlo mejor aquí conmigo que en aquella celda sin ventilación. Aunque espero que no se te ocurra intentar escapar, pues Leo y Barry están ahí fuera, en el pasillo. Son muy amigos míos.

—Ya. ¿Y el otro?

—Peter se fue con Dago.

—¿Adónde?

—No te preocupes; tardará lo suficiente en volver.

—Lo suficiente… ¿para qué?

—Escucha —se impacientó Susan—, sólo trato de evitarte incomodidades, ¿sabes? Si no fuese por mí Dago ya te habría estado utilizando sexualmente todo el día de ayer, y hoy estarías hecha un guiñapo esperando el momento de morir. Gracias a mí, estás en buenas condiciones y no has pasado malos ratos hasta ahora, de modo que lo menos que podrías hacer es agradecérmelo.

—¿De qué modo?

—No te hagas la tonta. Sabes lo que me gustaría hacer contigo.

De nuevo sonrió Nina Warren, pero sólo con los labios. Sus ojos seguían escrutando a Susan. Sabía que algo no estaba funcionando de modo normal en aquella situación, había algo que no encajaba. Miró una vez más hacia la ventana… Si había algo que a Nina Warren le resultase fácil en aquellos momentos era desembarazarse de un golpe de Susan, y escapar por la ventana. Podía hacerlo con toda facilidad. Con demasiada facilidad. Estaba segura, por lo tanto, de que le estaban tendiendo una trampa, aunque no adivinaba cuál ni para qué.

—¿Te gustaría que tomásemos un poco de champán? —propuso Susan.

—Me encantaría —aseguró la espía, comenzando a desnudarse.

Susan abrió el armario y sacó un cubo en el que había hielo picado y una botella de champán, con dos copas que ofrecían un sugestivo aspecto helado.

—Lo compré esta mañana cuando estuve en Lutsen —rió Susan —, y he conseguido que Dago no se enterase.

—Estupendo.

Susan sirvió champán en las dos copas tras descorchar graciosamente la botella, evitando el fuerte sonido del tapón al salir. Rieron las dos. Susan aparecía nerviosa, reluciente su mirada fija en el cuerpo de Nina, que finalmente quedó también ataviado únicamente con la braguita. La mirada de Susan parecía devorar los hermosísimos pechos de la espía, altos, sólidos, turgentes. Se acercó a ella con una copa en cada mano, y le tendió una, susurrando:

—Eres muy hermosa…

Nina tomó la copa…, y no se movió cuando Susan se inclinó y le besó delicadamente un pezón. En aquel instante, con un solo golpe, Nina podría haber fulminado a la pelirroja, pero permaneció inmóvil. Se estremeció cuando la lengua de Susan se deslizó brevemente por su pecho, y retrocedió un paso, susurrando:

—No vayas tan deprisa, por favor…

—Lo siento, cariño.

Bebieron champán, mirándose a los ojos.

¿Dónde estaba la trampa, en qué consistía?

¿O realmente podía tratarse de un capricho de Susan que ésta

quería conseguir aprovechando la ausencia de Pershingwall? ¿Eso era todo, una lesbiana que pensaba divertirse con ella?

—¿No te parece que el amor es maravilloso? —inquirió Susan.

Nina le dirigió una mirada poco menos que perversa. ¿Con quién se creían que estaban jugando?

—Absolutamente maravilloso —aceptó—. Pero hay cosas que no pueden llamarse propiamente amor.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú crees realmente que dos personas del mismo sexo pueden estar enamoradas, pueden… amarse?

—¡Claro que sí! —exclamó Susan—. Querida, los sentimientos y el sexo no tienen por qué determinar unos comportamientos o unas relaciones fijas, únicas, establecidas y siempre idénticas… ¡Los sentimientos y el sexo son cosas muy vivas y variables!

—Vivas y variables —recapacitó Nina—. Sí, tal vez tengas razón. Pero hay cosas que…

Se volvió vivamente hacia la puerta, que acababa de abrirse. Apareció el sujeto alto, gordo, fuerte y peludo, que cerró rápidamente y se quedó mirándolas muy sonriente. Parecía un gorila sarnoso divertido.

—¿Qué es lo que quieres, Honoré? —preguntó Susan, muy tensa.

—Quiero ver cómo hacéis dos mujeres esas cosas —amplió su brutal sonrisa el gigantesco Honoré—… ¡Me divertirá mucho ver cómo dos mujeres hacen cosas entre ellas! Así que venga, empezad a hacer cosas de esas.

—Sal de aquí inmediatamente —señaló Susan la puerta—. Si llamo a Leo y Barry te van a dar una…

—Leo y Barry han tenido que marcharse, porque se ha recibido un aviso de Dago llamándolos. Pronto van a venir todos, con los camiones. Pero ahora estamos solos nosotros. ¡Venga, haced alguna cochinada!

—¿Y no te gustaría tomar parte en ellas? —propuso riendo Nina Warren—. Anda, ven a beber una copa de champán y luego nos divertiremos los tres.

—Buena idea —se entusiasmó Honoré.

Nina Warren terminó el contenido de su copa, agarró la botella, y la llenó de nuevo, ofreciéndosela a Honoré, cuya mano de gorila piojoso agarró el delicado objeto de cristal como si pretendiera

triturarlo.

—A tu salud —rió.

—Muy amable —aceptó el brindis Nina.

Y con la botella de champán, de pronto, asestó al gigante un tremendo golpe en la sien izquierda.

Honoré emitió una especie de bramido-ronquido, giró sobre sí mismo poniendo los ojos en blanco y soltando la copa, y cayó de bruces con gran estruendo, quedando inmóvil en el piso. Susan lanzó un gritito de sobresalto, y comenzó a correr hacia la puerta, pero Nina la agarró por una muñeca, y la hizo girar, encarándola a ella.

—¿Quieres que te rompa la cabeza a ti también? —ofreció, blandiendo la botella por encima de Susan.

—¡No! ¡No me hagas eso, me matarías…!

—Seguro que sí, porque tú no debes de tener la cabeza tan dura como Honoré. Y ahora escúchame bien, guapita: siéntate en la cama y quédate quieta ahí o te las vas a ver conmigo, y entonces te vas a enterar de cómo las gasto cuando me enfado de verdad. ¿Me has entendido?

—Sí… ¡Sí, sí!

—Muy bien. Siéntate.

La empujó hacia la cama, se quedó mirándola, y luego, directamente fue hacia el maletín, lo abrió, y escrutó con ansiedad su contenido.

No habían dejado dentro de él absolutamente nada que pudiera ser utilizado como arma: ni ampollas de gas, ni cápsulas incendiarias, ni tan siquiera el cepillo para el cabello que contenía el agudo estilete de acero. Tampoco estaba el paquete de cigarrillos con la radio camuflada dentro; pero, por fortuna, sí estaban los emisores de señales que funcionaban con el calor de su cuerpo, y uno de los que funcionaban tras efectuar en ellos una leve presión.

Nina miró a Susan, que permanecía inmóvil. Y lo mismo Honoré…Tan inmóvil estaba éste, tan completamente quieto su corpachón, que Nina terminó por sospechar que estaba muerto. Se acercó a examinarlo, y, en efecto, comprobó que la bestia peluda ya no existía.

Dirigió una mirada entre sorprendida y sarcástica a Susan.

—¿Qué te parece?: a Honoré se le ha indigestado el champán.

Susan no contestó. La miraba con expresión inquieta, tensa, incluso asustada. Demasiado asustada, a juicio de Nina, pues a fin de cuentas sólo se trataba de una mujer contra una mujer. ¿Por qué le tenía tanto miedo Susan?

Regresó a donde estaba el maletín, y retiró de los alvéolos de papel de aluminio dos de los emisores de señales que parecían grageas analgésicas, y los ingirió. Luego, buscó dónde esconder el otro, tras accionarlo. A partir de este momento la CIA tenía tres fuentes emisoras de señales, es decir, tres aparatos que estaban funcionando. La cuestión sería que los receptores se estuvieran moviendo por todo el territorio cubriéndolo de tal modo que pudieran recibir y acto seguido localizar las señales.

No iba a ser fácil, pero era la oportunidad más razonable.

—Colócate boca abajo en la cama y tápate la cabeza con la almohada —ordenó a Susan.

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¡Yo no quería hacerte…!

—Déjate de gimoteos y haz lo que te digo.

Susan obedeció. Nina colocó finalmente el emisor bajo una esquina del colchón de la cama, deslizándolo de tal modo que Nina no pudo notar nada. Luego, Nina fue a donde había dejado sus ropas, y se puso el sujetador. No había una sola arma en la habitación. Ni siquiera Honoré estaba armado…

Estaba terminando de colocarse el sujetador cuando en el exterior se oyó el motor de un automóvil, y unas luces amarillentas aparecieron y desaparecieron rápidamente. Se oyó el golpe de una portezuela al ser cerrada…, mientras Nina corría ya hacia la puerta de la habitación, olvidada del resto de sus ropas: tenía que sacar del cuarto-celda a Wilson antes de que Dago y sus acompañantes entraran en la casa, y buscar ambos algún arma con la que hacer frente a la situación.

Abrió rápidamente la puerta de la habitación, dio un paso hacia fuera…, y la boca de un silenciador apareció ante su rostro.

De alguna parte llegó la voz de Dagobert Waldo Pershingwall:

—Vuelva adentro, señorita Warren: sostendremos una pequeña charla.

Capítulo VII

El que empuñaba la pistola era Peter, es decir, el que había acompañado a Dago. Los otros dos, Barry y Leo, estaban a la derecha de Peter, también empuñando sus armas. A la izquierda estaba Pershingwall, contemplándola entre irónico y sorprendido.

—Retroceda —insistió.

Nina Warren miró las tres pistolas que la estaban apuntando, apretó los labios, y retrocedió. Los cuatro hombres entraron tras ella. En la cama, Susan había dado un salto, y ahora estaba sentada en el borde, pálida, y diciendo con tono histérico:

—¡Dago, ella me engañó, me dijo que si la sacaba de allí sería amable conmigo y me preguntaría cosas para luego saber cómo complacerte a ti, y yo creí que era una buena idea!

—¿Y no lo era? —se interesó irónicamente el mochuelo.

—¡Es que me mintió! ¡Ha matado a Honoré, y ha sacado cosas del maletín, y se las ha tragado!

Dago miró a Nina, y ésta comprendió que el canallita no necesitaba más explicaciones: sabía perfectamente que ella se había tragado dos emisores de señales. Evidentemente se había equivocado con él, y en cambio Wilson había tenido razón: Dago no era ningún tonto. Incluso, la había engañado entrando en la casa silenciosamente, posiblemente desconfiando al no ver a Honoré salir a recibirlo, cosa que debía de ser norma, y ordenando que el conductor del coche llegase de nuevo haciendo ruido, para que ella creyese que todavía tenía algunos segundos para moverse libremente dentro de la casa. Ella o Wilson, o ambos, pues Dago debía de haber pensado que valiéndose de algún truco y aprovechando la ausencia de Leo y Barry ellos podían haber controlado la situación…

—De manera —deslizó amablemente Dago— que la CIA puede rastrearla a usted, señorita Warren.

—Así es —replicó secamente Nina.

—Pero eso será mientras en su cuerpo haya suficiente calor para hacer funcionar las pilas del emisor, ¿verdad? Porque si por ejemplo, a usted la metieran en una cámara frigorífica, o simplemente la matasen, y su cuerpo se enfriase, los emisores dejarían de funcionar, ¿no es así?

Nina no contestó. Incluso se esforzó en no pensar en el emisor escondido bajo el colchón, y que, evidentemente, había pasado desapercibido para Susan.

—Es una lástima que usted haya precipitado las cosas de esta manera —continuó Dagobert—, porque habríamos podido pasar buenos ratos los dos juntos. O al menos los habría pasado yo. Pero espero no sorprenderla demasiado si le digo que una cosa son los negocios y otra cosa es el amor. Y todos sabemos que nunca hay que mezclar una cosa con otra.

—Aunque me mate la CIA lo encontrará. Y mis compañeros lo harán trizas.

—Tal vez. Pero… ¿quién habla de matarla? Nada de eso —la sonrisa de Pershingwall era satánica—. Al contrario, les vamos a proporcionar a sus compañeros una buena pista…, a ver si son capaces de seguirla. ¿Cree que ellos podrán rastrearla cuando usted viaje en uno de mis proyectiles?

—Usted no tiene nada de eso.

—¿No? Bueno, le prometí que viajaría amarrada a uno de mis proyectiles atómicos, y lo voy a cumplir. En cuanto a eso de que no los tengo… ¿le gustaría verlos?

—Desde luego que sí.

—Pues voy a complacerla —sonrió de nuevo el mochuelo—. Es lo menos que merece, considerando que usted viajará en uno de ellos. Amarradle bien las manos a la espalda, pues no me fío de ella, después de ver lo que ha hecho con Honoré… ¿Adónde vas tú?

La pregunta iba dirigida a Susan, que se detuvo en seco y miró sobresaltada a Dago.

—Voy a vestirme para…

—No te molestes —Dagobert le arrebató la pistola a Peter y apuntó a la pelirroja—: te envolveremos en una sábana.

Plop.

Susan lanzó un berrido cuando la bala impactó bestialmente en

su vientre. El impacto fue tremendo, y la muchacha saltó en el aire y fue a caer de espaldas sobre el lecho, con las manos crispadas en el tremendo boquete. De su boca brotó un ronquido, todo su cuerpo se estremeció.

—Dios… mío… —la oyó suplicar Nina Warren.

—Venga, daros prisa —dijo Dago—. No podemos quedarnos aquí demasiado tiempo, después de esto. La CIA no encontraría tan fácilmente a la señorita Warren, pero a fin de cuentas ya no tenemos nada que hacer aquí, puesto que han llegado los proyectiles. Hay que llevarlos a sus rampas de lanzamiento.

—¿No sería mejor matarla? —propuso Peter—. Si realmente todo eso de los emisores funciona…

—Yo soy quien dice lo que se ha de hacer —le atajó Dago.

Nadie objetó nada más. Con los cordones de una vieja cortina las manos de Nina fueron amaradas a la espalda, y luego la espía, ataviada únicamente con el sujetador y las braguitas, fue empujada fuera de la habitación.

Bajaron todos al vestíbulo, donde aparecieron dos hombres más, que se acercaron a Dago.

—Falk sigue en la celda —informó uno de ellos—. ¿Qué hacemos?

—De momento dejadlo ahí. Luego me encargaré de él. Ahora hay que llevarse los camiones de aquí. Aseguraros de que cada uno lleva la dotación de hombres concertada y repasad por última vez las rutas. ¿Han descargado ya el Computer?

—Están en ello.

—Bien. Encargaros vosotros personalmente de su instalación en la camioneta. Y mucho cuidado con eso, pues sin el Computer nada serviría de nada.

Los dos hombres asintieron, y salieron de la casa en pos de Nina, Dago, y los otros tres.

En la oscuridad del exterior se veían las formas de varios camiones gracias a las luces de la casa que se reflejaban desde varias ventanas. En algunos puntos se veían los haces de luz de varias linternas, y destacaban las siluetas de varios hombres alrededor de los camiones.

Dago señaló hacia uno de ellos, y los cinco se encaminaron hacia allí.

—¿Qué es el Computer? —murmuró Nina.

—¿No sabe usted lo que es una computadora?

—Lo que he preguntado es qué es SU Computer.

—Es usted muy penetrante. ¿Qué es el Computer? Bueno, digamos que es el cerebro último de la operación. Todos los proyectiles han sido programados para que, lanzados desde determinado lugar hacia el cual se dirigirán ahora, vayan a caer con toda exactitud en el blanco que se les ha fijado. Está claro que la puesta en marcha de ese programa ha de estar contenido en una computadora, ¿no le parece?

—Es decir, que en esa computadora están programados los diez disparos y las trayectorias de los correspondientes proyectiles.

—Exacto —rió Dagobert—. Es como esos aparatitos que hay ahora en todas las oficinas: usted teclea una determinada clave, y el aparatito le da una respuesta. Sólo que en este caso, cada vez que yo teclee una determinada clave, un proyectil saldrá disparado hacia su objetivo. Y ni siquiera hará falta que yo esté cerca de los proyectiles: esté donde esté, si tecleo el programa de disparo los proyectiles serán disparados. ¿No es fantástico?

—No le creo.

—Allá usted —rió Dagobert—. Ya se convencerá cuando sea disparado el proyectil al cual va a ser amarrada. Aunque quizás a última hora me decida por ahorrarle tan trágico y violento destino y prefiera llevarla al lugar donde estableceré mi próximo harén de muchachas complacientes. ¿Ve aquella camioneta?: pues allá están cargando el Computer, y allá iré yo cuando desalojemos la zona. Tal vez, y sólo digo tal vez, decida llevarla conmigo. Pero de momento se merece usted una buena lección, por descarada.

La explanada frente a la casa quedó atrás, y, unos veinte metros más allá, se detuvieron, junto a uno de los camiones. En la caja de éste había dos hombres, que saltaron a tierra a una orden de Dagobert, y uno de ellos fue a la cabina en busca de cuerdas o «algo adecuado para amarrar a esta bella señorita al proyectil».

Desde tierra, Nina Warren miraba la forma oscura y cilíndrica que contenía el camión, bien colocada sobre unos soportes metálicos. A la izquierda, colocada verticalmente, divisó la forma de la cabeza del proyectil, y a la derecha los alerones de la cola. O estaba viendo visiones o allá, efectivamente, había un misil.

Dago rió, y Nina comprendió que el mochuelo había adivinado sus pensamientos.

Él se encaramó al camión, ordenó que la subieran a ella, y la empujó hacia las piezas del misil.

—Vuélvase de espaldas y toque con sus lindas manos este hermoso juguete —sugirió Pershingwall—, no vaya a creer que es de cartón o algo parecido. Señorita Warren, tiene que convencerse usted de que no estoy jugando.

—Eso parece —murmuró Nina—… ¿De dónde ha sacado usted estos misiles?

—Ah, veo que ya empieza a creerme, ¿eh? Bueno, me alegro de ver que va entrando en razón. ¿De dónde los he sacado? Digamos que han llegado por vía marítima.

—En todo caso será por vía lacustre: no estamos cerca del mar, sino de la orilla de uno de los grandes lagos. Incluso me atrevería a asegurar que se trata del lago Superior. O sea, que si los proyectiles han llegado en barco quiere decir que provienen de Canadá.

—Usted lo ha dicho.

—Pero Canadá no tomaría parte en una cosa así contra Estados Unidos.

—No se caliente la cabeza: digamos que los proyectiles han llegado a Estados Unidos a través de Canadá y finalmente en un pesquero canadiense que ha cruzado el lago sin problemas.

—Todo eso me confirma que usted está trabajando para alguien… ¿No quiere decirme para quién?

—Usted todavía no lo ha entendido, O quizás es que no quiere entenderlo. Yo no trabajo para nadie, señorita Warren. Yo, simplemente, he estado mucho tiempo… ahorrando y buscando dinero por muchos medios a fin de conseguir finalmente la cantidad adecuada para hacerme con estos proyectiles… Digamos que ha sido una inversión a largo plazo que ahora va a obtener sus réditos. Unos interesantes réditos: cinco mil millones de dólares.

—¿Qué hará usted con los proyectiles después de que la Casa Blanca le haya pagado?

—Ah, ¿eso quiere decir que la Casa Blanca piensa realmente pagar?

—Naturalmente.

—¡Espléndido! ¿Qué haré con los proyectiles? Bueno, quizás

opte por venderlos a mi vez.

—¡Eso no sería justo! ¡Si le pagan cinco mil millones de dólares usted tendría que entregar a cambio los proyectiles!

—Lo pensaré —sonrió Dago—… Amarradla muy bien. Aunque si realmente la Casa Blanca va a pagar tendré que cambiar mis planes con respecto a la señorita Warren: ya no podré lanzarla al espacio. Lástima: habría sido un espectáculo formidable.

—Si no va a lanzar los cohetes —murmuró Nina— sería mejor que me llevase con usted en la camioneta.

—No se pase de lista —rió Dago.

Nina Warren fue amarrada concienzudamente sobre el cuerpo del misil, en una postura forzada y al mismo tiempo sugestiva. Ayudándose con la luz de una linterna Dagobert se aseguró de que la espía quedaba amarrada a su satisfacción, y entonces ordenó a todos sus hombres que saltasen del camión. Cuando estuvieron solos, el mochuelo agarró con la mano libre el borde de las braguitas, y las arrancó de un tirón. Luego, apuntó la luz de la linterna al vello sexual de la prisionera, que permanecía tensa, buscando tras la linterna el rostro de Pershingwall para estudiar su expresión. Pero de pronto Dago apagó la linterna, y Nina oyó su voz un tanto sofocada:

—Te voy a hacer el amor, espía.

Primero, Nina Warren sintió en los muslos y en el vientre los fríos labios del hombre, y todo su cuerpo se estremeció. Experimentó una náusea horrenda cuando la boca del mochuelo llegó a la suya, y se quedó allí, en un beso lento, húmedo, como podrido. La lengua de Dagobert entró como una víbora muerta en la boca de Nina, que lanzó un grito y ladeó la cabeza vivamente, con fuerza, rompiendo el repugnante beso.

Oyó la risa de Dago, y acto seguido su voz:

—Ahora te voy a penetrar —la voz parecía una babosa entrando en el oído de la espía—… Tal como estás es la postura perfecta para que yo te penetre de pie. Gozarás mucho, y yo también, ya verás. Y si me haces gozar tanto como tu hermosura promete te conservaré viva una temporada para que reines en mi harén…, hasta que llegue el momento de exterminarte, cuando ya me aburras…

Nina sintió la mano de él en sus muslos, y luego el repelente contacto más íntimo de los dedos. Lo sentía a él removerse entre sus

muslos, y, de pronto, sufrió el contacto inconfundible. Ahora oía el jadeo de Dagobert Waldo Pershingwall, que parecía tener dificultades para realizar la maniobra de penetración, que buscaba ansiosamente.

De repente, y en el mismo momento en que Dago, con un ahogado rugido de triunfo, entraba en Nina Warren, afuera destacaron las luces de un vehículo en movimiento, y se oyeron unas voces estentóreas. Dago lanzó una maldición, se apartó de Nina velozmente, y saltó del camión por encima de la media compuerta.

La espía quedó tensa, incrédula ante su suerte. Sentía el duro contacto del acero en su espalda, y el sudor empapaba ya todo su cuerpo. La tensión y el asco habían sido excesivos. Le parecía todo como una pesadilla que hubiera terminado de súbito… ¿Qué había ocurrido para que Dago abandonase de modo tan precipitado lo que al parecer tanto había estado deseando? Parecía que había llegado alguien… Nuevos personajes intervenían en el drama. Nuevos personajes que, a juzgar por la reacción que habían provocado en Dago, tenían que ser muy importantes. Más importantes que el propio Dago.

Durante más de cinco minutos no oyó nada apenas, y sólo vislumbró breves resplandores. Luego, oyó el rugido del motor de un camión al ser puesto en marcha, y luego otro, y otro… Nina sintió que se le ponían los cabellos de punta: los camiones comenzaban a abandonar el lugar, transportando cada uno el misil que sería lanzado si la Casa Blanca no pagaba. Pero la Casa Blanca sí iba a pagar…

¿O no?

¿Podía haber alguien que quisiera dárselas de listo y que optara por no pagar los cinco mil millones de dólares…?

Oyó de pronto un ruido junto al camión, y alzó la cabeza como pudo. En la relativa claridad de fuera del camión vio la silueta de un hombre encaramándose y saltando al interior de la caja. El hombre se acercó a ella, tanteando. Nina sintió sus manos ávidas en los pechos, los muslos, el vientre… Pero el hombre debió de recomendarse a sí mismo prudencia, tal vez recordando advertencias de Dago, y dejó de tocarla. Se oyó el chasquido de un encendedor…

Nina vio el rostro del hombre que estaba encendiendo un cigarrillo.

Era un chino.

El encendedor se apagó.

Un chino. Bueno, ¿por qué no podía tener Dago empleado en el asunto a un hombre de raza china?

El hombre fumaba, al parecer esperando algo. De cuando en cuando su rostro se iluminaba al avivarse la brasa del cigarrillo. Ni siquiera habían transcurrido dos minutos cuando Nina oyó la llegada de más hombres. De nuevo forzó el cuello para mirar hacia la entrada a la caja del camión, y vio a los tres hombres que asomaban por ella. Uno de ellos habló con el chino, en su idioma. El que había llegado primero volvió a chupar del cigarrillo, y Nina vio los rostros de los tres recién llegados. También eran chinos.

Dios… ¡Los chinos! Diez proyectiles atómicos. Un loco. Los chinos. No podía creerlo. Pero… ¿por qué no? ¿Por qué no podía ser que China estuviese interviniendo en aquel asunto?

Los tres chinos desaparecieron, y el que había llegado en primer lugar terminó el cigarrillo y lo aplastó en el suelo. Estaban esperando algo.

De repente, una voz sonó fuera del camión, y Nina se estremeció, pues identificó en el acto a su propietario: Wilson Falk.

—Eh, voy a subir… ¿Está ahí la prisionera?

—Sí —dijo el chino—… Dago me ha enviado a mí a vigilarla.

—También a mí. No debe de fiarse de ti… ¿Te la has tirado ya?

El chino rió. Una vez más alzó Nina como pudo la cabeza. Distinguió la silueta de Wilson, que entró en el camión. Lo veía recortándose en la penumbra del exterior. A su derecha oía la respiración del chino. Vio la sombra de Wilson acercándose, distinguió un momento el brillo de un cuchillo, y oyó el escalofriante estertor del chino tras el impacto del acero en la carne. Oyó también el gruñido de Wilson, y de nuevo el impacto de acero hundiéndose en la carne. Oyó como un gorgoteo extraño, y con la imaginación vio al chino soltando un borbotón de sangre por la boca.

Al poco, oyó junto a su oído la voz de Wilson:

—¿Estás bien, cariño?

—Sí. Desátame, pronto, tenemos que…

—Tranquilízate.
—¿Cómo has podido escapar?
—Ssst. Esto no es una reunión social: te voy a soltar, saltamos del camión, y nos largamos de aquí a todo correr. Todavía quedan ahí fuera más de una docena de chinos armados hasta los dientes.
—Pero… ¿de dónde han salido, qué pintan en esto?
—¿Te quieres callar?
El cuchillo ensangrentado cortó las cuerdas, y Nina quedó de pie, dolorida. Nada más mover un pie tropezó con el cuerpo del chino. Se acuclilló, localizó su rostro, y enseguida puso dos dedos en una carótida. El chino estaba muerto. Wilson debía de haberle perforado a cuchilladas el bajo vientre, o quizás el corazón…
—Maldita seas —oyó la voz del ex espía—…, ¿qué estás haciendo?
—Ya voy. Pero quiero que me digas cómo has escapado.
—Susan me abrió la puerta, y murió en mis brazos. Me pidió que matase a Dago.
Lo vio saltar fuera del camión, y ella hizo lo mismo. Aspiró con deleite el aire libre. En la casa todavía se veía alguna luz, pero frente a ella, en efecto, había no menos de una docena de hombres, y destacaba el relucir de sus armas. Wilson Falk la agarró de una mano, y tiró de ella hacia el arbolado. Todavía pudieron oír alguna voz en chino. Luego, a medida que se alejaban, parecían ir sumergiéndose en un silencio infinito…
Por entre las ramas de los árboles apareció de pronto el resplandor de la luna. Nina se detuvo entonces, reteniendo la mano de Wilson Falk, que se volvió a mirarla.
—¿Qué te pasa? —Gruñó.
—Tenemos que volver allá —dijo ella—… Wilson, hay que anular completamente esa operación.
—¿Sí? Todos los camiones deben de haber salido ya, el tuyo era el último. Ya no podremos alcanzarlos de ninguna manera…
—Pero quizás esté todavía Dago en la casa. Y si él todavía está ahí estará la camioneta con el Computer.
—¿De qué demonios estás hablando? ¡Puede que esté Dago en la casa, y ese Computer, pero también hay más de quince hombres armados en total! ¿Qué es lo que quieres? ¿Que nos maten?
—Podríamos…

—¡No podríamos nada! Escucha, encanto, por si no lo has entendido te lo explicaré: como sea, Dago se ha aliado con los chinos, que son los que le han facilitado los proyectiles, ¿de acuerdo? Tal como están las cosas te diré qué es lo único sensato que nosotros podemos hacer: largarnos de aquí, contactar con la CIA como sea, informarles de que en efecto Dago tiene esos malditos proyectiles y que de momento lo mejor que se puede hacer es pagar… ¿Me he explicado?

—Sí.

—Pues larguémonos. Más adelante ya veremos si conviene buscar esos proyectiles o acusar a China en la ONU, o lo que sea, pero ahora, ¡larguémonos y avisemos de la real existencia de esos proyectiles! ¿De acuerdo?

—No —dijo Nina Warren.

Se movió veloz y enérgicamente. Wilson Falk recibió el impacto del pequeño y duro puño, tuvo la sensación de que dentro de su cabeza estallaba un petardo rebosante de luces de artificio, y se desplomó de espaldas sin sentido.

Capítulo VIII

Dagobert Waldo Pershingwall vio marchar el grupo de chinos, sonrió, y entró en la casa. Todos se habían marchado ya, excepto los dos hombres que le esperaban en la camioneta, uno en la caja con el Computer y otro al volante. Quería asegurarse de que no dejaba en la casa nada que pudiera proporcionar a la CIA una auténtica pista para encontrarlo.

Habría sido una estupidez, después de haber realizado todo el plan de modo tan perfecto.

O casi perfecto.

En realidad… ¿existe la perfección? Vagamente, Dago intuyó que no cuando al entrar en el despacho habilitado desde el cual había estado dirigiendo su parte de la operación, vio, sentada tras la mesa, a la señorita Warren.

¿O era una alucinación? Sí, claro, debía de ser una alucinación…

—¿Qué tal, mochuelo? —saludó la señorita Warren.

El pasmo de Pershingwall era tal que no acertaba a coordinar sus ideas. De repente, admitió plenamente la peligrosa realidad de que la señorita Warren estaba allí, y no en otro sitio. Estaba allí, tenía una pistola en la mano, y, sobre la mesa se veía su maletín.

—Se ha quedado sin habla, ya me doy cuenta —sonrió con su innegable encanto la espía—. Pero así son las cosas, así es la vida: uno no para de llevarse sorpresas. Ah, gracias por conservar mi pistola en este despacho.

—¿Cómo… cómo está usted aquí? —jadeó Dago.

—En cuerpo y alma. Vamos, reaccione, hombre, no hay para tanto. Le diré cómo han ido las cosas: Wilson vino a salvarme, escapamos los dos, y luego yo le di un golpe a él para que no me impidiese volver aquí a buscar mis cosas y a decirle lo malísimo que es usted, Dago. Tan malo, que voy a matarlo sin más dilación ni contemplación de ninguna clase.

—No… No, no, espere… ¡Espere! ¡Esto no es obra mía, se lo juro!

—¿Cómo que no? —Se pasmó cómicamente la espía americana—. ¡Pero si usted se ha pasado todo el tiempo diciéndome lo listo que es, la de cosas que sabe hacer…! ¡Cómo puede decir ahora que todo esto no es obra suya…! ¿De quién es, entonces?

—De él… De Wilson. ¡Él lo planeó todo!

—Qué tontería. Wilson es precisamente quien facilitó a la CIA el modo de localizarlo a usted, Dago.

—Sí, pe-pero todo… todo estaba preparado así… Él tenía que hacer su papel, para que todo fuese convincente. Él lo planeó todo, incluso la muerte de Jack Dryssom, la de Jane Talbot, la de Susan, la del chino del camión… Los ha utilizado a todos como a comparsas, incluyéndome a mí, para que usted lo creyera todo, y cuando… cuando los proyectiles fuesen disparados usted acusara a China de haber intervenido en la operación.

—¿Eso quiere decir que los proyectiles iban a ser disparados aunque la Casa Blanca pagase los cinco mil millones de dólares?

—¡Claro! ¡Wilson está loco de rencor contra la CIA porque descubrió su traición de hace años y lo arrojó a una vida dura y llena de desprecios! Se ha pasado mucho tiempo preparando todo esto. ¡Él está loco, yo sólo soy un insignificante cómplice suyo!

—Hay que ver cómo cambian las cosas —murmuró Nina—… Antes era usted el rey, ahora es sólo el bufón…, y el rey es Wilson, ¿no es así?

—Sí, él… él ha sido siempre el jefe. Él lo ha tramado todo, contrató a varios chinos, pesqueros, mujeres… ¡Todo lo ha hecho él!

—¿De dónde ha sacado esos diez proyectiles?

—No lo sé.

—Queda bien claro que esos misiles son auténticos, ¿no?

—¡Ya lo creo que son auténticos!

—¿Y usted no sabe de dónde los ha sacado?

—Sé que se los ha facilitado alguien que odia a Estados Unidos, pero con la condición de que no fuesen mencionados jamás. Wilson les explicó su plan de involucrar a los chinos, que pareciera que era cosa de ellos, y les pareció bien… ¡Le juro que no sé quiénes son!

—En definitiva: ¿qué es lo que pretendía Wilson Falk?

—Vengarse. Cobrar cinco mil millones de dólares, y a pesar de eso lanzar los cohetes, para dañar lo más posible la potencia científica de los Estados Unidos, causar cuantas más víctimas pudiera, y, si las zonas de impacto eran desalojadas de personal, provocar cuando menos el pánico en toda la nación. Él quería asestar este golpe a Estados Unidos, y otro golpe no menos doloroso a la CIA, cuando les enviase su cabeza.

—¿Qué cabeza?

—La de usted… ¿No es usted la agente Baby?

—Sí —se estremeció Nina Warren—… Sí, lo soy. ¿Quiere decir que Wilson sabía que yo intervendría en esto?

—Él me dijo: si envían a un hombre a hacer contacto conmigo, el plan seguirá adelante de todos modos. Pero si envían a una mujer, querido Dago, esa mujer sólo podrá ser la agente Baby, a la que manejaré a mi antojo, la utilizaré para que convenza a la Casa Blanca, le haré vivir el horror de ver cómo los diez proyectiles explotan, y, poco después, puesto que la tendré identificada y localizada, la atraeré a una trampa que ella considerará una cita de amor al que no podrá corresponder, y entonces la violaré, la descuartizaré, y enviaré sus pechos, su sexo y su cabeza a la CIA. Entonces, seré un hombre feliz, porque me habré vengado de todos, empezando por la CIA.

—Dago: ¿usted no ha sentido miedo en ningún momento tratando con un monstruo semejante?

—Bueno, él… él y yo siempre… desde niños hemos sido amigos, y él me pidió… me pidió que le ayudase…

—Tengo la impresión de que nunca estuvo usted en Centroamérica, y que él me ha contado toda una sarta de mentiras, siguiendo este plan diabólico tan escrupulosamente montado. De todo esto sólo deduzco una verdad: usted sí es homosexual, y siempre ha estado enamorado de Wilson Falk. Todo eso de las mujeres, lo que quiso hacer conmigo…, todo mentiras, simulacros, disimulos. ¿No es cierto, Dago, cara de mochuelo? Por cierto: ¿sabe usted que Wilson dice que usted tiene cara de mochuelo?

—¡Y usted tiene cara de…!

Mientras gritaba, Dago terminó de deslizar por su manga la pistola, dispuesto a aprovechar la ventaja que creía tener al distraer a la espía más peligrosa del mundo. Pero si había algo lejos de la

realidad era la distracción de Brigitte Baby Montfort, que, simplemente, sin inmutarse, apretó el gatillo de su pistolita.

Plof.

La bala dio en el centro de la frente de Dagobert Waldo Pershingwall, que retrocedió un paso, cayó sentado, bizqueó, emitió un breve suspiro, y cayó de espaldas.

Nina Warren ni siquiera le concedió una mirada de curiosidad.

Terminó de registrar la mesa de Dago, recogiendo las cosas que pertenecían a su maletín, y conseguido esto, utilizó el trípode de aluminio para ensamblar su tubo-fusil. Dentro de éste deslizó una de las recuperadas ampollas explosivas, y tras leve titubeó colocó otra. Se acercó a la ventana mientras encajaba en el tubo-fusil el culatín que era en realidad el secador de cabello. Abrió la ventana, apuntó a la camioneta dentro de la cual estaba el Computer, esto es, el único dispositivo capaz de disparar los diez proyectiles atómicos, y, tras contener la respiración, disparó.

A unos cuarenta metros de allí la camioneta se convirtió inmediatamente en una gran bola de fuego y humo que estalló con ahogado estando. El Computer saltó en pedazos por el aire, igual que la camioneta y los dos asesinos profesionales que había en ella.

A los restantes ya los iría cazando la CIA sin demasiados problemas antes de que amaneciera el nuevo día.

Este es el final

Estaba amaneciendo cuando por fin Wilson Falk oyó el rumor cerca de él.

Muy pronto comprendió que alguien se acercaba. Alguien que caminaba parsimoniosamente, y que, por la dirección de sus pasos sólo podía dirigirse precisamente al lugar donde estaba él.

Por tanto, quien se acercaba sólo podía ser Nina Warren. Es decir, la agente Baby. Porque él había sabido en todo momento que la señorita Warren era la agente Baby, naturalmente. ¿Acaso creían que él era un pobre tonto?

Lo único que Wilson no entendía era el hecho de que ella le hubiese golpeado, y que, al despertar, se hubiera encontrado atado de pies y manos tan sólidamente que pese al rato que llevaba intentando soltarse no lo había conseguido. Sentía las muñecas y los tobillos destrozados, le dolía todo el cuerpo, estaba empapado de sudor, tenso, furioso…, pero no había conseguido soltar ni siquiera un dedo.

Y de pronto, a la incierta luz dorada del amanecer Nina Warren apareció ante él por entre los arbustos. El resplandor del nuevo día le daba de lleno en el rostro.

—¡Eres tú! —gritó Wilson—. ¿Se puede saber qué significa esto? ¿Por qué me golpeaste, por qué me has dejado aquí amarrado?

—Porque era imposible que con la herida que recibió en el vientre la pobre Susan hubiera tenido la menor oportunidad de moverse de la cama en la que cayó ya prácticamente muerta, querido. Debiste elegir una explicación mejor.

—Pero… ¿de qué estás hablando?

—Te lo diré de otra manera, amor. Un par de veces te dije que estaríamos juntos hasta que el espionaje nos separase… Es lo que suelo decirles a mis amigos y a mis buenos enemigos. Pero tú ni eres mi amigo ni un buen enemigo al que respetar. Por lo tanto, no

vamos a estar juntos hasta que el espionaje nos separe, sino hasta que la muerte nos separe. Y eso, amor, va a ser enseguida.

—No te atreverás a matarme… ¡No lo harás!

Nina Warren parpadeó sorprendida.

Acto seguido, sacó su pistolita de cachas de madreperla, apuntó al ex espía a la frente, y apretó el gatillo.

Luego, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar el helicóptero que muy pronto llegaría para recogerla y llevarla a Nueva York.

Era un hermoso día de verano.

FIN